

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

¡DISELO CON BALAS!

Clark Carrados



¡DISELO CON BALAS!

SS Nº 1414

Autor: Clark Carrados

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

ANTES de llamar a la puerta, Dally Crown sujetó con las rodillas el enorme ramo de flores de que era portador y luego sacó del bolsillo un extraño adminículo, que solía usar en ocasiones muy especiales, porque conocía el irresistible poder de atracción que tal adminículo causaba en algunas mujeres.

El rostro moreno y enjuto de Crown, unido a una frondosa cabellera, aunque no melenuda, y unas enormes patillas, junto con el parche sobre el ojo izquierdo, le conferían el aspecto de un pirata vestido con ropajes actuales. Pero, sin embargo, nadie más que el propio Crown sabía que el parche negro que simulaba la falta de visión en un ojo sanísimo, era transparente. Algunas mujeres, sin embargo, creían en la autenticidad de su mutilación y ello le hacía doblemente atractivo a sus ojos. Por supuesto, la espectacular Anita Benbury, magnífico ejemplar de aquella especial clase de mujeres, no iba a ser la excepción de la regla, por cuanto le había concedido una cita a solas en su departamento.

Y Crown pensaba pasarlo muy bien, porque Anita era muy bella y de voz suave y melosa, además de otras características de enorme interés para un hombre joven y vigoroso como era el falso tuerto. Así pues, una vez se hubo colocado el parche sobre el ojo izquierdo, se inclinó, recobró el ramo de flores con la mano izquierda y alargó la derecha hacia el botón de llamada.

La yema del índice no llegó a su objetivo. Antes se abrió la puerta y un hombre, en paños menores, con las ropas en las manos, apareció ante los ojos del atónito visitante.

Crown tenía la boca abierta de par en par. El sujeto le miró

hoscamente, a la vez que alargaba la mano izquierda.

—¡Apártese, estúpido! —gritó.

En el mismo instante, se oyó un desgarrador alarido en el interior de la casa.

—¡No, Harry, eso no!

—Perra, voy a vengar mi honor... —dijo alguien.

Los dos hombres estaban todavía a ambos lados del umbral de la puerta. De pronto, sonó un disparo. La bala hizo volar astillas del marco de la entrada. El hombre semidesnudo, lleno de pánico, echó a correr, mientras Crown, prudentísimo, se apartaba a un lado.

Alguien llegó junto a la puerta y la cerró de una patada, sin apercibirse de que había un hombre junto a la pared. El otro individuo se había perdido ya, corriendo a lo largo del césped que había frente a la casa.

Transcurrieron unos minutos. Crown continuaba en la misma postura, esperando oír, de un momento a otro, el segundo estampido. Entonces, la bella y casquivana Anita moriría, asesinada por un esposo vengativo...

—Pero ella no me dijo que estuviera casada —masculló Crown, furioso por el engaño de que había sido objeto.

De repente, concibió una aguda sospecha. Alargó la mano e hizo girar muy lentamente el pomo de la puerta. Abrió una rendija y, en el mismo instante, oyó una alegre carcajada.

—El pobre... Corría como si le persiguiese el mismísimo demonio. Harry, lo hiciste muy bien; ese tonto creyó que ibas a matarlo...

—Tengo buena puntería —contestó el señor Benbury con acento lleno de modestia—. Por eso tiré a la jamba, para dar mayor verosimilitud a la comedia. Así, oyó el impacto y no sospechó siquiera que se trataba de una encerrona. Por cierto, guapa, ¿cuánto llevaba el primo?

—Unos mil quinientos pavos. No ha estado mal, ¿eh, Harry?

—Un buen golpe, en efecto.

—Pero no será el único, querido. Estoy citada con otro tonto...

Crown no quiso seguir escuchando. Por un momento, sintió la tentación de entrar y empezar a golpes con la pareja de desaprensivos, pero logró contenerse, sobre todo, porque pensaba

en la pistola propiedad del irascible señor Benbury y no tenía ganas de servir un posible blanco por error en su pregonada puntería. Así pues, se dispuso a cerrar, pero, en el mismo instante, una frase pronunciada por Anita llamó su atención.

—Harry, ¿qué hay del asunto Rooker?

—Ah, el buen Rooker... —Benbury lanzó una alegre risita—. Te aseguro que, dentro de nada, va a creer que le están arrancando la mitad de la dentadura sin anestesia.

—Pero ¿de veras piensas que...? —dijo Anita, incrédula.

—Como si lo tuviese agarrado por el cogote —respondió Benbury con suficiencia—. Me falta ya muy poco para concluir el plan. En cuanto haya visto a Rita Solano, Rooker puede considerarse en la indigencia.

A Crown le pareció que Benbury fanfarroneaba. Conocía, y no sólo de oídas, la fama de Rooker, para el cual, Benbury debía significar lo mismo que una pulga para un elefante. Pero allá él si no quería darse cuenta de la realidad de las cosas.

Era un asunto entre gente de mal vivir y él no quería mezclarse en algo que, además de no importarle, le repugnaba. Consideró que ya había escuchado bastante y cerró con toda discreción.

Medio minuto más tarde, se hallaba a bordo de su coche. El ramo de flores, pensó, serviría para adornar el salón de su casa.

Y, bien mirado, Anita no era la única mujer.

* * *

Dormía boca abajo, con la almohada encima de la cabeza, cuando el timbre del teléfono interrumpió bruscamente el mejor de los sueños. Maldiciendo a media voz al inoportuno que venía a sacarle del nirvana en que se hallaba sumido, alargó la mano y descolgó el auricular.

—Crown —dijo con voz espesa.

—¡Dally! ¡Ven, pronto, por el amor de Dios! —chilló Anita.

Enormemente sorprendido, Crown apartó la almohada y se volvió un poco, para quedar apoyado sobre un codo. En la oscuridad del dormitorio, pudo apreciar claramente la fosforescencia de las agujas del despertador eléctrico. Marcaban las dos y media de la madrugada.

—¡Dally! ¿Estás ahí? —gritó Anita, en vista de su silencio.

—Sí, estoy, pero confortablemente solo, y en la cama, y sin ganas de soportar bromas a estas horas...

—Dally, él está muerto.

Crown se quedó sin respiración.

—¿Él? ¿Quién, en nombre de Dios?

—Te engañé ayer... Estoy casada, Dally —dijo Anita, terriblemente afligida, a juzgar por el tono de su voz—. Esta noche volvió mi esposo y...

—Y un fulano que se enfadó, porque no quería dejarse limpiar la billetera, le hizo comerse su propia pistola, ¿no es así?

—No, Dally, no es lo que tú crees... Pero ven pronto, por lo que más quieras; tengo que contarte algo muy interesante...

—Anita, cuando ayer llegaba a tu casa, vi salir a un tipo en calzoncillos. Tu esposo le disparó, pero no a matar, naturalmente. Luego tú y él os estuvisteis riendo un buen rato a costa del primo que se había dejado «limpiar» mil quinientos. ¿Cómo quieres ahora que crea la historia que me cuentas?

—¡Te lo juro! Harry está muerto... Lo tengo aquí, delante de mis propios ojos...

—Mira, Anita, no me tomes por tonto. Puedo serlo una vez, pero no dos. Y si Harry ha muerto, cosa que no es de lamentar demasiado, entiéndetelas con la policía. ¡Adiós!

El teléfono volvió bruscamente a la horquilla. Crown maldijo a media voz la inoportunidad de aquella llamada, que había venido a cortarle el sueño en lo mejor. Furioso, encendió un cigarrillo, pensando con escalofríos en lo que le iba a costar dormirse de nuevo.

Acabó el cigarrillo y se dio la vuelta. Pero, de súbito, se percató de que no iba a poder dormirse de nuevo.

Lanzó la enésima maldición, encendió la luz y empezó a vestirse.

Acudía, no por el esposo de Anita, sino por la curiosidad que le producía haber oído la víspera el nombre de Rooker. Aunque nunca había tenido nada que ver personalmente con aquel individuo, y ni siquiera había cruzado una sola palabra con él en su vida, pensó que aquélla podía ser una buena ocasión para ajustar una pequeña cuenta pendiente.

Cinco minutos después, saltaba a su coche y daba media vuelta a la llave de contacto.

* * *

Crown se sorprendió enormemente al ver las luces centelleantes de dos coches de patrulla, parados ante la casa de Anita. Así pues, pensó, la muerte de Harry Benbury era algo real.

Paró el automóvil. Un agente se le acercó cortésmente.

—No puede seguir aquí, señor —dijo.

Antes de que Crown pudiera decir nada, se oyó una voz en la entrada de la casa.

—Déjelo pasar, es amigo.

—Está bien, sargento.

Crown arqueó las cejas.

—De modo que el buen Wroneski ha tomado cartas en el asunto —dijo, con la sonrisa en los labios.

Avanzó hacia la casa. Un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, fornido y con cejas como cepillos para el calzado, le contempló irónicamente.

—¿Tú también vienes a no encontrar el «fiambre»? —preguntó Wroneski.

—¿Cómo, sargento? —exclamó Crown.

—La dueña de la casa llamó, diciendo que su esposo había sido asesinado. Cuando llegamos aquí, no había cadáver ni dueña de la casa. Esto está más vacío que mi estómago, teniendo en cuenta que cené ayer, a las siete y media de la tarde, no he tomado más que una taza de café y son más de las tres de la madrugada —respondió el policía irónicamente.

Crown enarcó las cejas.

—Anita me llamó, diciéndome que alguien había matado a su esposo. Yo le contesté, aconsejándole que os llamase a vosotros. No sé más, sargento —declaró.

—¿Y por qué te había de llamar a ti esa señora?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? La conocí hace un par de semanas y charlamos algunas ocasiones. Ayer me citó a solas en su casa, pero ya había otro individuo, además del marido...

—¡Caramba! Debe de ser insaciable —se asombró Wroneski—. Tres tíos para una sola noche. ¿Te gustan las fulanas de esa clase?

—Cuando vine aquí, no sabía siquiera que fuese casada ni que se dedicase a desplumar incautos, con la aparición del marido ultrajado en el momento más crítico. El primo salió disparado y Benbury incluso le disparó un tiro. Mira, aquí, en la jamba...

Wroneski examinó asombrado el impacto. Sus negras cejas se fruncieron hasta formar una sola línea.

—Cuenta, Dally —pidió.

Crown relató sucintamente lo sucedido, aunque, sin saber por qué, omitió la mención del nombre de Rooken. Al terminar, solicitó de su amigo permiso para examinar el lugar del supuesto crimen.

—La casa está en un orden perfecto —respondió Wroneski—. Entra si quieres, pero no encontrarás nada, ni una sola gota de sangre.

—¿Qué hay del coche de Anita, sargento?

—En el garaje, intacto y con las llaves puestas. Cuidado con lo que tocas; los expertos en huellas están en su trabajo.

—Creí que, si no había «fiambre», te desentenderías del caso —manifestó Crown.

—Denunciaron un asesinato y vamos a investigar si es verdad o se trata de una broma pesada. Puede que no encontremos el muerto, pero la denunciante ha desaparecido, era mentalmente normal y no se ha ido en su coche. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, sargento. Gracias por todo.

Crown entró en la casa. El dormitorio, salvo las ropas de cama, que aparecían un tanto desordenadas se veía con absoluta normalidad. Crown fisgoneó un poco, inclinándose de cuando en cuando, para una mejor observación, aunque sin tocar nada, tal como le había recomendado su amigo el policía. Cinco minutos más tarde, cruzó la casa en sentido opuesto.

—Nada —dijo, con una sonrisa de circunstancias.

—Dally, ¿sabía esa prójima que eres investigador privado? —preguntó Wroneski.

—Le mencioné algo al respecto, pero no le dije que estoy a punto de abandonar la profesión. No acaba de gustarme, quiero algo más estable.

—Me dejas pasmado. Ahora que estás en la cumbre...

—Me han ofrecido el puesto de asesor jurídico en una buena

empresa y estoy pensando si me convendrá la oferta. Todavía tengo un par de semanas de plazo para dar una respuesta, sargento.

—Bueno, ojalá tomes la decisión acertada. Te llamaré si averiguamos algo.

—Gracias.

Crown se felicitó que su amigo no pudiera leer sus pensamientos. Anita había dejado una pista escrita con lápiz de labios en un trozo de papel que había hallado bajo el tocador, lugar al que no habían llegado todavía los expertos en huellas dactilares. El mensaje era lacónico, pero significativo. «Rooker, almacén lado sur.»

Allí, pensó el joven, era donde se hallaba Anita en aquellos instantes, junto con su esposo... vivo o muerto, eso era algo que no podía afirmar de momento.

Abrió la portezuela del coche, se sentó tras el volante y entonces advirtió que tenía un pasajero inesperado.

—Siga, no se asombre, señor Crown —dijo la desconocida.

CAPÍTULO II

CROWN la miró de reojo. Parecía muy joven y vestía enteramente de negro, *pullover* de cuello cisne y pantalones del mismo color, muy ceñidos a unas piernas que se adivinaban largas y bien torneadas. Pero tenía la mano derecha metida en el bolso de piel blanda y ello le hizo pensar en la posibilidad de un arma, no por pequeña, menos mortífera.

Hizo girar la llave de contacto. El coche se despegó de la acera.

—¿Puedo saber quién es usted, señorita? —preguntó.

—Lynn Calloway —respondió la mujer—. ¿No le dice nada ese nombre, señor Crown?

—No, en absoluto.

—Mi padre se llama Ronald Calloway. Está en San Quintín, acusado de haber desfalcado seiscientos mil dólares a la Warburton & Seven Seas. Supongo que sí habrá oído hablar de esa naviera.

—Desde luego. Es muy importante...

—Mi padre era el primer cajero. Él no se llevó un solo centavo, aunque lo hicieron pasar por culpable y pagó con una condena de ocho a veinte años. Está a punto de salir en libertad; ha observado buen comportamiento y la Junta de Libertad Condicional se reunirá la semana próxima e informarán favorablemente su caso.

—Ah, magnífico...

—No tan magnífico, porque cuando salga, habrá pasado ocho años preso por un delito que no ha cometido.

—Lamentable, entonces —dijo Crown—. Pero si están seguros de su inocencia, soliciten una revisión del proceso. No le devolverían ya los ocho años perdidos, pero sí el buen nombre... y

hasta podrían pedir una sustanciosa indemnización.

—No queremos indemnización. Lo que queremos es que lo proteja. Mi padre sabe que habrá alguien aguardándolo, para secuestrarlo y obligarle a que diga dónde está un dinero que no tiene ni tuvo jamás.

—¿Cómo sabe el señor Calloway que lo van a secuestrar?

—Se lo anunciaron... Ya sabe, el correo subterráneo de las cárceles.

—Sí, comprendo. Y él se lo dijo a usted cuando fue a visitarlo.

—En efecto.

—¿Sabe quiénes son sus futuros secuestradores?

—No llegó a averiguar tanto, pero la amenaza es cierta.

Crown reflexionó durante unos instantes. Luego dijo que le gustaría saber por qué había sido elegido para semejante caso.

—Se lo recomendó un amigo de mi padre, que está con él en San Quintín —explicó la muchacha—. Le conoce a usted.

—¿Yo? No tengo muchas amistades allá, en el presidio —respondió Crown irónicamente.

—Ese sujeto se llama Hal Versicht, alias El Cuervo. Mi padre dice que usted lo sacó de apuros hace algunos años, pero ahora tropezó con una piedra demasiado dura y le cayeron tres años encima. Por buena conducta, cumplirá poco más de uno.

—Con que El Cuervo, ¿eh? —rezongó el joven—. Sí, lo conozco y no es de fiar demasiado, aunque, por fortuna, yo no he tenido demasiados tratos con él. En este caso, sin embargo, creo que se puede concederle un cierto margen de confianza. Hay pocos mejor informados que el buen Hal.

—Entonces, ¿hará lo que le pido? —preguntó Lynn, esperanzada.

—Bueno, es que...

—Tengo algún dinero ahorrado. El empleo es excelente y gano un buen sueldo. —Lynn abrió el bolso y sacó un pequeño rollo de billetes—. Quinientos dólares, para empezar.

—Oiga, pero... ¿no tenía usted una pistola en el bolso?

—¿Yo? Jamás he ido armada, señor Crown.

Los dientes del joven crujieron un instante.

—Me engañó con su actitud —dijo.

—¿Tuvo miedo de una mujer?

—De una mujer, no; de una pistola. —agarró el dinero y se lo puso en el bolsillo—. Ahora, dígame una cosa.

—Sí, señor Crown.

—¿Cómo pudo saber que me encontraría en casa de Anita Benbury? Son ya casi las cuatro de la madrugada...

—Verá, cuando mi padre me dijo ayer que le buscase a usted, no quise acceder en el primer momento. Estuve trabajando el resto del día, luego me acosté, dormí un poco y me desperté. Pude darme cuenta de que estaba desvelada, así que le llamé por teléfono... y el contestador automático me dijo dónde podía encontrarle.

—La chica es lista —rezongó él—. Y yo he adquirido la costumbre, hasta el punto de que casi es puro automatismo, de dejar grabado el lugar donde se me puede encontrar en cualquier momento. Claro que hay ocasiones en que no lo hago, pero éste era un caso en que iba a intervenir la policía... Está bien, señorita Calloway, voy a darle instrucciones para que ponga también su granito de arena en la protección de su padre.

—Sí, lo que sea —contestó Lynn vivamente.

—Vuelva a verle mañana, es decir, hoy, y dígame que, por medio de El Cuervo, procure informarse de quién ha amenazado con secuestrarle. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle?

—Desde luego. —De pronto, Lynn lanzó una exclamación—: ¡Eh, éste no es el camino de mi casa!

—Claro que no. Yo voy a un asunto... Bueno, esto no tiene nada que ver con lo que le pasa a su padre.

—Se equivoca —dijo ella sorprendentemente—. Si se trata de los Benbury, el esposo, o lo que sea, tuvo mucho que ver con el desfalco.

Crown parpadeó.

—No me diga...

—Harry Benbury trabajaba también en la misma compañía. Mi padre sostuvo siempre que él fue uno de los que intervinieron en el desfalco. Bueno, pero, dígame, ¿qué le pasa a Benbury?

—Se dice que está muerto. Su esposa, «o lo que sea» —remedó Crown—, ha desaparecido. Y yo creo saber dónde está.

—En ese caso, le acompaño —dijo Lynn, resuelta.

—Le diré una cosa: no admito reclamaciones posteriores por posibles desperfectos físicos.

—Sé cuidarme, no se preocupe. Mi trabajo es sedentario, pero si no hiciera ejercicio todos los días, casi siempre en un gimnasio, estaría hecha una ballena.

—Ahora parece una sílfide —comentó él.

—Psé, no estoy mal —respondió ella con bienhumorada desenvoltura.

* * *

El coche avanzó los últimos metros con las luces apagadas. Era una zona de almacenes y Crown dejó el vehículo en una calleja formada por dos edificios de buen tamaño. Bajó del coche, caminó una docena de pasos y se asomó por la esquina más próxima.

Junto al río había un enorme cobertizo, con paredes de ladrillo y tejado metálico, acanalado. En las grandes ventanas que había a ras de los aleros se divisaba un tenue resplandor. Del interior del edificio, situado a unos trescientos pasos de distancia, brotaba un extraño rumor, cuyo origen le resultó desconocido a Crown.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó ella, situándose a su lado.

—Pronto lo sabremos. Una cosa es segura: hoy es viernes y ya no queda nadie en esta zona. De lo contrario, creo que no habría ruidos de ninguna clase.

Crown echó a andar resueltamente. A los pocos segundos, divisó dos coches parados frente al gran portón de la entrada.

El ruido que se producía en el interior del almacén era de motores pesados. Crown vaciló un momento y luego, de pronto, se inclinó y empezó a deshinchar una de las ruedas.

—Ayúdeme —pidió—. Quiero dejar sin aire todas las ruedas.

Lynn comprendió sus intenciones y se situó al lado de otra de las ruedas. Cinco minutos más tarde, las llantas de los dos coches descansaban prácticamente sobre el suelo.

—¿Y ahora?

—Vamos por la parte trasera.

Corrieron en silencio. Allí había una puerta de tamaño normal, que el joven abrió poco a poco. Entonces, el ruido de los motores se hizo mucho más acentuado.

Crown divisó un camión, con hormigonera, la cual funcionaba

rítmicamente, a fin de elaborar el cemento que iba a ser usado poco después. Atada a una columna, estaba Anita Benbury, sin una sola prenda de ropa encima.

La joven estaba medio muerta de terror. A pocos pasos de distancia, se veía un cuerpo inmóvil en el suelo.

—Es cierto —musitó Crown—. Benbury ha muerto.

Había tres hombres en las inmediaciones de Anita. Otro más se ocupaba de hacer funcionar la hormigonera. Crown divisó también dos cajones de madera, de algo más de metro y medio de altura, por un metro veinte de anchura. Un poco más allá, con el motor parado, se veía un gigantesco camión grúa.

En aquel instante, dos de los hombres agarraron el cadáver de Benbury y lo metieron dentro de uno de los cajones. El cuerpo, debido a que no podía mantenerse en pie, quedó encogido, fuera de la vista. Inmediatamente, el canal de la hormigonera empezó a vomitar cemento, hasta que el cajón quedó completamente lleno.

Crown sintió un escalofrío de pánico. Un método espeluznante, pero eficacísimo, para hacer desaparecer el cadáver de una persona. Cuando el cemento hubiese fraguado, el bloque resultante iría a parar a los cimientos de alguna obra y nadie sabría jamás qué había sido de Harry Benbury.

En aquel momento, un hombre se acercó a la desnuda prisionera.

Crown lo reconoció en el acto: era Laird Rooker.

* * *

Debía de andar por los cuarenta años y era alto y de anchos hombros y hasta atractivo, pero su rostro granítico y su mirada dura e implacable no infundían precisamente tranquilidad. Crown se dio cuenta de que Anita estaba al borde de un ataque de histeria, debido al pánico.

—Tu fulano está muerto —dijo Rooker—. Harry averiguó ciertas cosas que no me conviene se sepan. Sin duda te preguntarás cómo he llegado a enterarme de este asunto. Es bien sencillo: aunque no te lo creas, Harry tenía más chicas que hacían el mismo trabajo que tú. Yo sospechaba que Harry trataba de jugarme una mala pasada e hice que una buena amiga se pusiera a trabajar con él, a fin de vaciar las billeteras de sus clientes. Pero como el buen Harry era un admirador de la belleza, no vaciló en acostarse más de

una vez con esa muchacha. Y en la cama, tú debes de saberlo bien, se hacen muchas confidencias, ¿te enteras?

—Pero yo..., él no me dijo nada... —dijo Anita entrecortadamente.

—Calma, preciosa, aún no he acabado. Aunque Harry no tenía escrúpulos en acostarse con las otras, tú, sin embargo, eras la preferida. La única, en suma, que podía saber algo de ese asunto..., de esa serie de informes que había ido recopilando, a fin de desbancarme algún día y ocupar mi puesto. Era ambicioso, he de reconocerlo..., pero no me gusta que nadie esté por encima de mí. ¿Lo has comprendido bien?

—Le repito que no sé nada...

La hormigonera seguía girando monótonamente. Rooker la señaló con una mano.

—Harry, a fin de cuentas, tuvo mejor suerte que tú —prosiguió—. Él ha muerto de un balazo, instantáneamente. Pero tú padecerás mil agonías antes de morir. Y no creas que te arrojaemos al río con un bloque de cemento en los pies, no; sería una muerte relativamente rápida. Te meteremos en ese cajón y quedarás envuelta en cemento hasta el cuello. La pasta fraguará lentamente, alrededor de ese bonito cuerpo... y te irá oprimiendo, oprimiendo, cortándote lentamente la respiración...

Crown sintió junto a su cuerpo el estremecimiento que sacudía el de la chica y agarró su brazo con fuerza.

—Silencio —cuchicheó.

—Pero ella va a morir horriblemente...

—Calma —aconsejó el joven.

De todas las luces que podían encenderse en el almacén, había una sola en funcionamiento, protegida, además, por una gran pantalla cónica, lo que hacía que el resto del ambiente permaneciese en una oscuridad casi completa. Crown concibió una idea para salvar a Anita.

—Lynn, voy a atacar al conductor del camión —musitó a su oído—. Cuando yo lance un silbido, usted orientará el canalón que hace correr el cemento. ¿Entendido?

—Sí, señor Crown, aunque me parece que ya llegamos tarde...

El canal de la hormigonera estaba arrojando cemento ya sobre

el segundo encofrado. Crown torció el gesto.

—De todos modos, vamos a intentarlo —se decidió al cabo.

Junto a la entrada había una estaca de madera, que asió con mano firme. Luego dirigió una mirada a la muchacha.

—¿Lista?

—Sí.

—Haga girar el canalón y llene de cemento a esos sujetos. Luego eche a correr. A menos de cien pasos, hay una cabina. Llame a la policía.

—Entendido.

Crown se llenó los pulmones de aire y avanzó cautelosamente por la zona de sombra. Rooker y sus compinches, entretenidos, no se percataron siquiera de que había dos intrusos en el almacén.

En cuanto al chófer del camión hormigonera, que tenía la portezuela abierta, a fin de ver mejor, si era preciso, no se enteró de nada, hasta que la estaca se abatió con fuerza sobre su cráneo. El ruido del motor evitó que se oyera el golpe del impacto de la madera sobre la cabeza del individuo.

CAPÍTULO III

EL cajón encofrado estaba casi lleno cuando, súbitamente, apareció la muchacha, emitiendo un agudísimo chillido, con toda la potencia de sus pulmones. En el mismo instante, empujó el canalón con las dos manos y el chorro de cemento, que caía alto, a fin de pasar por encima de los bordes de madera, fue a parar a la cara de uno de los asombrados hampones.

El hombre quedó ciego instantáneamente. Rooker se volvió y quiso sacar una pistola, pero otro enorme chorro de pasta gris le puso perdido de pies a cabeza.

Crown saltó del camión, con la estaca en la mano, dispuesto a ayudar a la muchacha. En el mismo instante, el tercer rufián sacaba su pistola.

Ya no caía apenas cemento. Lynn se dio cuenta de que perdería el tiempo y soltó el canalón. Agarró la mano armada del sujeto y, con una sorprendente llave de judo, lo hizo voltear por los aires. El hampón describió una perfecta parábola y acabó de cabeza en la mezcla de cemento, en la que se sumergió hasta la mitad del cuerpo. Crown casi se echó a reír, al ver las piernas del individuo que se agitaban frenéticamente.

Rooker y el otro blasfemaban como posesos, mientras intentaban quitarse el cemento de los ojos. Crown alcanzó a Lynn en dos saltos, la agarró por un brazo y la empujó hacia la puerta.

—Grite que viene la policía cuando llegue a la salida —indicó con un susurro.

Ella echó a correr. Todavía atada, Anita miraba al joven con ojos desorbitados.

De pronto, se oyó un penetrante alarido.

—¡La policía!

A trompicones, Rooker y el otro echaron a correr hacia el portón. Crown se acercó al cajón de cemento y tiró de las piernas del tipo que estaba encajado allí. Luego lo dejó en el suelo, despreocupándose de él en absoluto. El rufián tendría bastante con limpiar sus narices y su boca de la mezcla, a fin de poder respirar.

Las ropas de Anita estaban en el suelo. Crown la desató, con un ojo en el portón, por donde habían desaparecido los fugitivos. Anita tenía puestos solamente los zapatos. Crown le echó el vestido por encima y luego tiró de su mano.

—Ven, estúpida —dijo.

Anita se dejó llevar, como si estuviese bajo el influjo de una espantosa pesadilla. El conductor del camión empezaba a despertarse en aquellos instantes. En cuanto al tipo que había caído de cabeza en el cemento, aunque vivo, estaba prácticamente fuera de combate.

Crown corrió hacia la parte anterior del edificio. Los dos coches estaban en el mismo sitio. Era indudable que Rooker y el otro habían escapado a pie, al verse imposibilitados de utilizar los vehículos.

Anita parecía fuera del mundo. Crown se acercó a la muchacha.

—Usted me ha pedido ayuda y he aceptado. Ahora debe corresponderme —dijo.

—Sí —respondió Lynn llanamente.

—Las dejaré en la puerta de su casa. A la señora Benbury le conviene permanecer oculta algunos días y esos hampones no saben nada de usted. Hágase su amiga, gánese su confianza... y averigüe qué buscaba Rooker y dónde puede estar, sea lo que sea. ¿Ha comprendido?

—Déjelo de mi cuenta —sonrió la chica.

* * *

A la noche siguiente, Crown llamó a la puerta de un apartamento. Alguien atisbo por la mirilla y luego abrió.

—Usted —sonrió la mujer.

—Parece que nos conocemos, Rita Solano —dijo el joven Crown.

—Le vi una vez declarando en un juicio. El defensor pretendía aturdirle, pero usted le obligó a tomarse una cura de reposo de quince días... naturalmente, una vez terminado el juicio.

—Sí, aquel defensor era un tipo retorcido. Lo mismo que su cliente, pero éste tuvo menos suerte, ya que lo retiraron de la circulación para una docenita de años. En cambio, el abogado, después de los quince días de descanso forzoso, anda de nuevo por ahí, defendiendo...

—Entre, señor Crown —invitó Rita.

Era de mediana estatura y pelo negrísimo. Crown tenía la seguridad de que el color original del pelo era castaño, pero Rita, en lugar de aclararlo, prefería llevarlo del tono más oscuro posible. La piel, sin embargo, era muy blanca, lo que contrastaba con el aparatoso salto de cama de color rojo fuego que vestía en aquellos instantes.

—Me llamo Dally, Rita —dijo el visitante.

—Un nombre muy extraño; nunca lo había oído.

—En realidad, me llamo Dallymount, un capricho de la abuelita, ¿sabe? Pero desde pequeño acortaron el nombre y...

—No hace falta que me dé tantas explicaciones —rio la morena—. ¿A qué ha venido?

Crown la contempló críticamente de pies a cabeza.

—Estoy viendo las dos prendas de ropa interior que hay bajo la bata de encajes. Apuesto algo bueno a que no necesita para nada la superior.

Rita se esponjó.

—Quizá quiere comprobarlo —dijo.

—Mujer...

Los hombros de Rita quedaron repentinamente al descubierto. Crown alzó una mano.

—Luego, por favor —dijo.

—¿No quiere...?

—Claro que quiero, pero antes deseo saber algo, si no tienes inconveniente.

Ella volvió a poner la bata en su sitio.

—¿De qué se trata?

—¿Has leído los periódicos? Me refiero a la noticia de la muerte

de Harry Benbury.

Rita lanzó un hondo suspiro.

—¡Por fin! —exclamó.

Crown se quedó de una pieza.

—¿Cómo? Deseabas...

—En más de una ocasión, tuve que «limpiar» la billetera de un cliente y darle casi toda la recaudación. Oye, Dally, no pretendo disimular lo que soy, pero no me gustaba que me obligasen a robar a las personas. Cuando vienen a buscarme, lo único que buscan es un rato de conversación... y de placer, por supuesto. Yo les doy lo que piden, cobro la tarifa y hasta otra. Pero si la noticia se hubiese divulgado, habría perdido mi clientela... y créeme, algunos de los que me visitan son peces gordos, que dejan buenos billetes de Banco, ¿comprendes?

—Me gusta tu franqueza, preciosa —sonrió Crown—. Oye, ¿no tienes una copa por ahí?

—Claro. Perdona, por no haberte invitado antes... Ahí tienes un diván; siéntate mientras tanto.

—Gracias, Rita.

Ella volvió junto al diván a los pocos momentos y le entregó una copa. Crown hizo una prueba y chasqueó la lengua.

—Tienes un buen laboratorio —elogió.

—La experiencia —rio ella—. Bueno, ¿qué quieres saber?

—Verás..., yo no puedo revelarte la fuente de mis informes, ni te pediré a ti que hagas lo mismo, a menos que sea por propia voluntad. El caso es que me enteré que Benbury iba a «meter mano» a Rooker, presionándolo, al parecer, mediante una colección de informes que había conseguido poco a poco. Pero según dijo, sólo faltaban los tuyos para tener el dossier complejo, ¿entiendes?

Rita entornó los ojos.

—Ese cerdo estaba metido en algo gordo, en efecto —convino—. La semana próxima tiene que venir a verme uno de mis clientes habituales. No te digo el nombre, porque...

—No es necesario, vuelvo a repetir.

—Bien, el caso es que, como de costumbre, el cliente vendrá después de una reunión de negocios, con una cartera repleta de

documentos. Oficialmente, se habrá quedado en su despacho, pero, en realidad, estará aquí... y yo tengo que administrarle una pastilla de narcótico y fotografiar luego todos los documentos. Incluso tengo ya la cámara y los *cuboflash*, que me suministró Benbury.

—No te gusta, ¿verdad?

—No. Mira, yo soy neutral, lo exige el oficio. A mí no me importa lo que hagan los clientes; lo único que quiero es darles un poco de cariño..., claro que a cambio de su dinero. Pero la mayoría de ellos están casados con esposas gordas o que ya han perdido su atractivo o que son frías y les rehúyen por la noche... Compréndelo, un hombre, en esas condiciones, es un candidato seguro a la infidelidad conyugal.

Crown se echó a reír.

—Sí, es cierto. Sigue, por favor.

—Bien, el caso es que tenía que hacerlo, porque Harry amenazó con «chivarse» a la esposa de ese pez gordo, un político importante y con mucha influencia. Añadió que le diría que yo estaba enferma, que había contagiado la enfermedad a su marido... Imagínate el escándalo, Dally. Yo no soy de aquí, aunque tenga establecido el negocio... Pero sólo llevo un par de años y con la influencia de esa prójima, que precisamente anda metida en una campaña de moralidad, me habrían expulsado de la población. Sinceramente, callejear por una ciudad grande como Nueva York o Chicago, no es cosa que me atraiga particularmente... cuando ya estoy bien situada y no necesito más que unos pocos clientes para vivir bien. Estoy ahorrando y un día me retiraré de este cochino oficio...

Crown sonrió comprensivamente. Sí, casi todas las que se hallaban en la situación de Rita pensaban de la misma manera. En el fondo, eran mujeres sencillas, arrojadas por las circunstancias a aquella vida, que sólo deseaban volver un día a una existencia normal, tal vez casadas y con hijos, y sin tener que aguantar las intemperancias de clientes con demasiadas exigencias.

—Ojalá lo consigas, Rita —deseó sinceramente—. Bueno, al menos no tendrás que hacer una labor que no te gustaba.

—Dally, tú eres un chico sincero y sé que no me traicionarás. Quiero que sepas el nombre del fulano a quien yo tenía que fotografiar sus documentos.

Rita se lo dijo. Crown se quedó pasmado.

—¿Es posible? —preguntó.

—Absolutamente cierto —confirmó ella.

—Vaya, qué chascos se lleva uno...

—Tengo algunos años menos que tú, pero mucha mayor experiencia —dijo Rita—. He conocido cada caso...

De pronto sonrió maliciosamente.

—Pero ¿por qué no nos despreocupamos de estos asuntos? —propuso.

—¿Cómo? —inquirió él.

—Antes hablaste de que no necesitaba llevar cierta prenda... ¿Quieres comprobarlo?

—Con muchísimo gusto —aceptó Crown.

* * *

Rita se desprendió lánguidamente. Sus brazos se extendieron fuera de las sábanas. Vio con el rabllo del ojo que Crown había encendido un cigarrillo y se lo quitó suavemente.

—Ahora, dime, ¿por qué intervienes en este asunto? —preguntó.

Crown le explicó lo que le había sucedido con Anita Benbury. Prudente, sin embargo, se abstuvo de mencionar su estancia en el almacén de Rooker.

—Pero ella ha desaparecido —exclamó Rita.

—Yo sé dónde está.

—¿Y qué piensas hacer?

Crown le dio un suave papirotazo en la nariz.

—Preciosa, cuanto menos sepas de este asunto, mejor para ti —respondió.

—Sí, creo que tienes razón.

Rita dejó el cigarrillo en un cenicero situado al alcance de su mano y se volteó hacia el joven, quedando casi completamente sobre él.

—¿Te ha gustado, cariño? —preguntó, mimosa.

—Muchísimo —sonrió él.

El rosado índice de la joven se paseó por el hombro desnudo de Crown.

—No tendrás prisa, me imagino —murmuró.

—Ninguna.

—Entonces...

Ella le mordisqueó una oreja. De pronto, sonó el timbre de llamada.

Rita se sentó en la cama.

—¿Quién diablos será el importuno? —gruñó.

—¿Esperas a alguien?

—No, aunque a veces... —Rita saltó de la cama, metió los pies en unas chinelas y luego caminó hasta la bata de baño, que se puso sobre el cuerpo de formas opulentas. Miró al joven, le guiñó un ojo y agregó—: Quizá sea algún conocido, que llega sin avisar. No suele suceder..., pero le diré que se largue.

—Con buenos modales —aconsejó Crown.

—Con exquisita cortesía —rio ella.

El ding-dong sonó de nuevo. Rita taconeó vivamente hacia el salón. Crown se dispuso a encender un nuevo cigarrillo.

De pronto oyó un pequeño grito. Un extraño sonido llegó a sus tímpanos.

Se le pusieron los pelos de punta. Aquel sonido, de escaso volumen, le resultaba inconfundible.

Un segundo después, oyó el no menos inconfundible ruido de un cuerpo que chocaba contra el suelo.

CAPÍTULO IV

SONARON unos pasos lentos, pesados. Alguien se acercaba al dormitorio.

Crown tenía la seguridad de que Rita estaba ya muerta. Si el asesino lo veía allí, dispararía también contra él.

Ya estaba fuera de la cama, apostado junto a la puerta. La luz del salón arrojó una sombra larga en el interior del dormitorio. Crown vio claramente la sombra de la mano, que empuñaba la pistola con silenciador.

El asesino dio un paso, dos... De súbito, creyó que le cortaban el cuello.

Cayó sin lanzar un gemido. Crown se chupó pensativamente el filo de su mano derecha.

—Pues tienen razón los que practican el karate —murmuró.

Era su primer golpe y le había salido redondo. El asesino yacía en el suelo, tan inmóvil como un fardo.

Corrió hacia el salón. Creyó que se le paraba el corazón.

Rita yacía en el suelo, con una mano sobre el pecho y la otra extendida. Su cabeza aparecía doblada a un lado.

Había un poco de sangre entre los dedos de la mano que se apoyaba sobre el pecho. Crown se arrodilló a su lado y puso dos dedos en su carótida. Aún se notaba algo de pulso, pero el corazón, atravesado por el proyectil, daba ya sus últimos latidos. Rita se hallaba sumida en la inconsciencia que precede a la muerte.

Inspiró hondamente y se puso en pie. Segundos después, descolgaba el teléfono para llamar a la policía.

—Y avisen también al sargento Wroneski —indicó, al concluir.

Luego volvió al dormitorio y se sentó en el borde de la cama. El asesino respiraba con regularidad. Si despertaba antes de que llegase la policía, le amenazaría con su propia pistola. Pero prefería no tocarla, si no resultaba absolutamente preciso.

El sargento Wroneski le puso verde cuando llegó, treinta minutos más tarde, a medio vestir y con la corbata pasada simplemente por el cuello. Mientras se hacía el nudo, preguntó a Crown qué hacía en casa de Rita Solano.

—¿Qué hubieras hecho tú, de ser soltero? —contestó el joven.

—Nunca me ha gustado acostarme con putas —rezongó Wroneski.

—Vamos, como que fuiste virgen al matrimonio...

—Déjate de burlas. Claro que tuve experiencias sexuales antes de casarme, pero... ¡Dally! Se ha cometido un crimen y yo no estoy aquí para hablar de problemas del sexo. ¿Qué diablos sabes al respecto?

—Nada —mintió Crown descaradamente—. Ella y yo estábamos juntos en la cama y llamó alguien. Rita dijo que tal vez era un cliente y que lo iba a despedir. Salió, gritó un poco, seguramente al ver la pistola, y no dijo ya ni pío.

—Nadie se ha enterado...

—Naturalmente, porque el asesino usaba silenciador. ¿Es que no has visto el arma?

—Sí —admitió Wroneski de mala gana—. Pero no creo que estuvieras aquí sólo para refocilarte con esa ramera.

—Sargento, un poco de respeto para la muerta. Era lo que dices, pero lo dices insultantemente. Acuérdate de la Biblia.

—No me recuerdes ahora eso de la primera piedra...

—Te he servido al asesino en bandeja. ¿Qué más puedes querer?

—Vino a buscar algo —dijo Wroneski pensativamente, porque admitía los argumentos de su amigo—. ¿Tienes alguna idea de lo que pueda ser?

Crown pensó inmediatamente en una cámara fotográfica, que aún no había sido utilizada, pero prefirió callar por el momento.

—¿Y yo qué sé? —respondió—. Quizá se trataba de un ajuste de cuentas, que luego pretendía encubrir con un robo. Lo único que puedo decirte es que, aunque fuese una golfa, era una chica muy

amable y cariñosa y que me gustaría que ahora pudiera ser como en los viejos tiempos del Oeste, para colgar a su asesino inmediatamente —acabó con un gruñido de cólera.

—Esos tiempos ya no pueden volver —dijo el sargento, filosófico—. Y no te creas que, en alguna ocasión, no tengo yo esos mismos pensamientos. Pero descuida, haremos hablar al asesino.

—Así lo espero —se despidió Crown.

* * *

—No, insisto en que no sé nada —dijo Anita Benbury a mediodía, en presencia de Lynn Calloway, en cuyo apartamento se hallaba refugiada—. Lo único que puedo decir es que Harry tenía en perspectivas un asunto de mucho dinero. Al menos, eso es lo que decía.

—Trata de recordar, Anita —solicitó Crown—. Alguna frase, alguna palabra... Cualquier detalle, por nimio que sea, puede servir para hallar la solución del caso. Haz un esfuerzo, mujer.

Anita se puso las dos manos delante de la frente, con los ojos entrecerrados, como si ello le ayudase en su concentración mental.

—Lo único que sé... es que habló algo de desbancar a un tipo al que le llaman..., le llaman... ¡Ah, sí, ahora lo recuerdo! El Pez Gordo.

Crown parpadeó. Había oído aquel apodo en alguna ocasión, pero ordinariamente aplicado de una forma indistinta a cualquier personaje de importancia. Una o dos veces, sin embargo, lo había escuchado con un matiz distinto al habitual en cualquier conversación: El Pez Gordo en lugar de «un pez gordo».

—¿Algún nombre de persona? —preguntó.

—No. Rita Solano solamente, pero ya está muerta.

A Rita, pensó Crown, desolado, le faltaba la entrevista con el hombre importante, que acudía a su casa, con la cartera repleta de documentos reservados. Se preguntó si sería conveniente hablar con él.

—Anita, hemos de reconocerlo, tú no eras la única —dijo el joven pasados algunos segundos—. Dime el nombre de alguna otra fulana.

—Ninna Peterhow. Puedes encontrarla en la taberna Los Tres Lobos. Está en la calle Lattimore, cuatrocientos diez. Allí tiene su

«centro de operaciones».

—Gracias. Anita, si necesitas alguna ropa, dale a la señorita Calloway la llave de tu casa; ella te la traerá enseguida. Durante unos días, tendrás que vivir aquí; los hombres de Rooken deben de estar buscándote como locos.

—Sí. Estoy viendo que voy a tener que marcharme de la ciudad...

—No sería mala idea —convino Crown. Se volvió hacia la otra mujer, presente en la conversación—. Usted irá mañana a San Quintín, supongo.

—En efecto —respondió Lynn.

—No deje de avisarme apenas haya regresado.

—De acuerdo.

Crown se encaminó hacia la puerta. Lynn corrió tras él.

—Si no le importa, podemos ir juntos hasta la casa de Anita —propuso.

—Será un placer —aceptó él.

Descendieron juntos en el ascensor. Crown aspiró la delicada fragancia que se desprendía del cabello de Lynn, de color dorado oscuro, muy corto. Era una muchacha realmente encantadora y, tal como había calculado la noche en que ella apareció en su coche, alta y esbelta como una bailarina de ballet clásico.

—Cuando vaya a San Quintín —dijo Crown, una vez en el coche —, no olvide decirle a su padre que hable con Versicht. Haga que le pregunte si conoce al tipo llamado El Pez Gordo. ¿Ha comprendido?

—Sí.

—Entérese también, a ser posible, de la fecha exacta en que va a salir del penal. Yo estaré allí para protegerlo.

—Conforme.

—Y otra cosa: Benbury debía de tener por alguna parte una especie de agenda o libreta de notas. Supongo que es el arma con la que pretendía combatir a El Pez Gordo. Revise la casa a fondo. Ya lo ha hecho la policía... pero a veces, donde menos se piensa...

—Sí, entiendo.

Se separaron poco después. Crown compró un periódico, que leyó mientras se relajaba en el interior de la bañera, llena de agua

templada. El asesino de Rita Solano se llamaba Andy Meed y, según el informador, la policía iba a presentar una acusación en toda regla, bajo el cargo de homicidio intencionado. Ello, según las especulaciones, podía costarle una condena de cadena perpetua. El periódico añadía que Meed sería conducido muy pronto ante el fiscal, al objeto de que la acusación fuese formulada con arreglo a la ley. Hasta el momento, Meed no había despegado los labios, excepto para pronunciar el nombre de su abogado, Dean Bradstone. Teniendo en cuenta las elevadas minutas que Bradstone solía percibir por su trabajo, era lógico preguntarse quién iba a sufragar los gastos de la defensa de Meed. ¿Rooker?

* * *

Minna Peterhow era una rubia espectacular, más apropiada para jugar en un equipo de baloncesto que para ejercer la profesión más vieja de la mujer. Crown se consideraba como un tipo alto, pero estaba seguro de que Minna lo era casi tanto como él.

Debía de tener mucho éxito con ciertos individuos, se dijo el joven. Al cabo de un buen rato de espera en Los Tres Lobos, vio aparecer a Minna.

Un hombre menudo, enteco, se acercó a la mujer y habló brevemente con ella. Minna rio suavemente, dijo que no y luego dio un suave golpe en la mejilla del sujeto con su seno izquierdo.

Sonaron algunas risitas en las inmediaciones. Segura de sí misma, Minna avanzó hacia la barra y colocó sus opulentas posaderas sobre un taburete.

—Jeff, un concentrado doble para mí —pidió.

—Como las balas —respondió el barman.

—Póngame otro a mí, Jeff, cóbrese el importe de los dos y guárdese la vuelta —dijo Crown inesperadamente.

Minna se volvió hacia el joven y le miró a través de sus largas pestañas, a la vez que le dirigía una mirada enteramente profesional.

—Eres nuevo aquí —murmuró.

—Sí. —Crown enseñó ostentosamente un rollo de billetes, del que separó uno, para dejarlo caer revoloteando sobre el mostrador —. He venido... en busca de aventuras.

—No sé por qué, pero me parece que ya has encontrado lo que

buscabas.

—¿Aquí?

Minna soltó una risita.

—Hay reservados —dijo.

Crown se apeó del taburete.

—Dile al barman que nos lleve los «concentrados» a uno de esos reservados —indicó—. A propósito, ¿qué clase de nueva bebida es?

—Lo sabrás cuando la hayas probado —contestó Minna con una risita.

El «concentrado» parecía vitriolo puro. Crown tomó un sorbo y se prometió a sí mismo no probar aquella bebida en los días de su vida. Viendo a Minna, que despachaba su copa en dos «viajes», Crown se preguntó si aquella prójima no tendría forrado el estómago con chapa de acero.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó ella poco después.

—Sensacional —mintió Crown—. Oye, ¿sabes que eres muy guapa?

—Estoy bien —admitió ella sin rodeos. Había un diván y se sentó en él, dando un par de palmadas con la mano sobre el asiento—. Ven a mi lado, hombre.

Crown se puso un cigarrillo en la boca.

—Minna, tú eras amiga de Harry Benbury —dijo.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—Policía —exclamó.

—Si lo fuese, ya estarías en Jefatura. No, no soy policía y tú sabes demasiado bien que para interrogarte, tendría que haberte enseñado antes mi placa.

—Entonces, ¿qué diablos eres?

—¿Te he preguntado yo qué eres tú?

Minna pareció relajarse un poco.

—¿Trabajas para Rooker?

—No, aunque algo hay sobre ese tipo.

—Se dice que hizo asesinar a Harry —murmuró ella.

—En tal caso, ¿por qué?

—Y yo qué sé...

—Minna, ¿sabes lo que hubiera pasado ahora, si yo fuese un

cualquiera? Después de un par de copas, me habrías llevado a tu casa. Cuando estuviera dormido, me vaciarías la billetera..., como hacías cuando Harry estaba vivo. ¿Me equivoco?

Minna abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Es mi oficio —respondió él.

—Eres demasiado listo...

—Lo admito.

—¡Esta perra vida! —se quejó ella.

—Sí, la vida es un asco —convino Crown—. Dime, ¿sabes algo de un tipo al que llaman El Pez Gordo?

Ella se puso pálida.

—No te metas con él —aconsejó.

—¿Por qué?

—Harry lo intentó y ya ves, acabó en un bloque de cemento.

—Yo no soy Harry, preciosa. Dime lo que sepas, sin rodeos.

—¿Qué diablos quieres que te diga? Quizá Rooker conozca su auténtica personalidad... Todos hablan de El Pez Gordo, aunque en voz muy baja, pero lo cierto es que nadie lo ha visto jamás ni se sabe quién es. Lo único que puedo decirte es que conviene estar a bien con él... o sales de este mundo.

—¿No tienes la menor idea de su identidad?

Minna negó vigorosamente.

—Lo que te he dicho son sólo rumores. No he podido comprobarlo y tampoco he querido profundizar. Quiero vivir tranquila, ¿comprendes?

De pronto, se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—Hemos terminado —concluyó.

Crown extendió el brazo, para cerrarle el paso.

—Todavía no —dijo.

—Apártate...

—Minna, Harry Benbury estaba reuniendo ciertos informes para desbancar a Rooker. Harry te enviaba clientes y tú los «desplumabas». A veces, Harry pasaba un rato contigo. Cuéntame lo que sepas sobre el particular.

Ella vaciló. Crown sacó el rollo de billetes y separó unos

cuantos, que agitó ante los ojos de la joven.

—¿No te parece un buen estímulo para la memoria? —sonrió.

—Una vez habló... de un armario en la Estación de Autobuses... Es todo lo que sé, te lo juro. Dijo que allí guardaba una fábrica de dinero... Me imagino que debe de ser eso que buscas; en un armario para guardar maletas no se puede meter una fábrica de billetes de Banco, ¿verdad?

—Es posible —sonrió él—. ¿Qué me dices de la llave de ese armario?

Minna se encogió de hombros. Luego, de súbito, se apoderó de los billetes.

—Ya sabes tanto como yo. —Sonrió maliciosamente—. Bueno, y si ahora tienes ganas de un ratito de diversión...

—Otro día, gracias.

Crown se apartó de la puerta y ella salió. Al cabo de unos segundos, el joven salió también y se encaminó directamente a la calle.

Subió a su coche. Apenas había insertado la llave de contacto en su sitio, notó en la nuca algo frío y duro.

—Si aprecia su pellejo, conduzca con precaución siguiendo mis instrucciones —dijo el tipo que estaba sentado en el asiento posterior.

* * *

Había dos hombres en la trasera del vehículo. Uno de ellos le vigiló, mientras su compañero se apeaba. Al poner pie éste en el suelo, apuntó a Crown con su pistola.

—Salga —ordenó.

Crown abandonó el vehículo. Casi no le produjo asombro verse de nuevo ante el mismo almacén donde Anita Benbury había estado a punto de morir sumergida en cemento fresco.

Uno de los individuos llamó a la puerta según una señal convenida. Alguien abrió casi en el acto. Crown se sintió empujado sin ninguna cortesía.

Pasó al interior del almacén. Todo estaba igual que dos días antes, salvo el encofrado de cemento al que había ido a parar el cadáver de Benbury. Pero había otro análogo y estaba lleno de mezcla fresca.

Rooker estaba junto al gran cajón de madera y sonreía de un modo peculiar.

—Bien, al fin tengo al tipo que me estropeó una buena operación —dijo—. Crown, ¿se imagina por qué lo he traído aquí?

Los ojos del joven fueron un instante al encofrado.

—Me lo imagino a medias —contestó.

—Hizo usted una operación audaz, debo reconocerlo —dijo Rooker—. Pero eso no debe ser obstáculo para que yo consiga lo que deseo.

—¿Y qué desea, si puede saberse?

—Usted se llevó a Anita Benbury. Vamos, sea buen chico y dígame dónde está.

—¿Y si no se lo digo?

El pulgar de Rooker señaló a sus espaldas.

—Morir dentro del cemento no es agradable —dijo.

—Ninguna clase de muerte es agradable. Uno deja de ser y...

—No venga con filosofías —rezongó Rooker—. Le he propuesto un trato, Crown.

—¿Quién me garantiza que lo cumplirá, cuando le haya dicho lo que quiere saber?

—Tiene mi palabra...

—Usted sabe que tengo amigos en la policía. No puede dejarme ir libre, porque sabe que yo me iría con el cuento inmediatamente.

—Le retendremos unas horas, el tiempo suficiente para llegar hasta Anita —aseguró Rooker—. Ese plazo dependerá, naturalmente, del lugar en que se encuentre esa fulana. Cuanto más cerca esté, más pronto podrá marcharse.

—La proposición parece aceptable —dijo el joven—. Podría acceder...

Miró a Rooker y sonrió.

—Hagamos un trato —añadió.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Rooker.

—Dígame usted quién es El Pez Gordo y yo le diré dónde está Anita.

Sobrevino una pausa de silencio. El rostro de Rooker se inflamó como si fuese a explotar, a la vez que sus ojos despedían llamaradas de cólera. Repentinamente, movió una mano y aulló:

—¡Arriba con él! ¡Ya sabéis lo que tenéis que hacer!

CAPÍTULO V

DOS de los hampones se arrojaron sobre Crown y lo inmovilizaron por los brazos. Un tercero le colocó en torno al pecho una ancha correa, de casi un palmo, que sujetó por medio de tres hebillas. A continuación, se situó a su espalda.

Crown oyó el crepitar de una cadena que se deslizaba por la roldana de una polea. El hombre que tenía a su espalda alzó la mano y agarró el gancho que descendía del techo.

Era fácil saber lo que iban a hacer con él. El gancho entraría en una anilla situada a su espalda y la grúa eléctrica lo alzaría un par de metros del suelo. En alguna parte, estaba el motorista, que haría correr a la grúa a lo largo del puente, hasta situarlo justamente sobre el cubo de madera lleno de cemento, que se hallaba a un par de metros a su derecha.

Crown oyó el ligero chasquido del gancho al pasar por la anilla. Rookén se le acercó hasta casi tocarlo con el pecho.

—Por última vez...

—No —contestó el joven rotundamente.

—¡Vamos, arriba! —gritó Rookén.

Los pies de Crown se separaron lentamente del suelo. De pronto, cuando estaba a poco menos de dos metros del pavimento, estiró las dos piernas y las enroscó en torno al cuello de Rookén.

El hampón bramó de ira, a la vez que se agarraba a los muslos del joven. Súbitamente, Crown notó un súbito tirón de la cadena hacia arriba.

Los pies de Rookén se separaron también del suelo.

Crown se dio cuenta de que sucedía algo extraño. El maquinista

de la grúa debiera haber hecho descender el gancho, pero pasaba todo lo contrario: cada vez había mayor distancia al suelo.

Súbitamente, la grúa se deslizó un par de metros en sentido lateral. Los rufianes, aturridos, no acertaban a reaccionar.

Rooker quedó justo sobre el cajón lleno de mezcla y a cuatro metros de altura. Entonces se oyó una voz fresca y juvenil, que procedía de las alturas:

—¡Tiren todos las armas al suelo o su jefe caerá al cemento! ¿Me ha oído, Dally? ¿Puede aguantar todavía unos momentos?

Pasmado de asombro, Crown reconoció la voz de la muchacha, lo que le hizo exhalar una salvaje carcajada de alegría.

—La he oído —contestó—. Todavía puedo aguantar un buen rato.

—Está bien, ya saben lo que deben hacer —añadió Lynn—. Tiren todos sus armas al rincón de la derecha. Luego váyanse al lado opuesto, de cara a la pared, y apoyen en ellas sus manos. Si se mueven un solo instante, su jefe caerá al cemento.

Rooker, aprisionado por el cuello, gorgoteaba palabras ininteligibles. Tenía la piel de la cara de un pronunciado color cárdeno y los ojos amenazaban con saltarle de sus cuencas.

Crown comprendió que el hampón sufría las consecuencias de un nada agradable estrangulamiento, pero no por ello aflojó la presión de sus piernas, a pesar de que empezaba ya a sentir ciertos dolores en los músculos. Los secuaces de Rooker, resignados, obedecieron con puntualidad las órdenes de la muchacha.

Un segundo más tarde, la grúa se deslizó todavía un poco hacia la izquierda. Lynn gritó:

—¡Aguante medio minuto más, Dally!

—Está bien, preciosa.

Crown, prudente, no quiso dar ningún nombre, a fin de no comprometer a la muchacha. Lynn, se hizo visible segundos más tarde, con una pistola en la mano.

—Ya puede soltarlo —dijo.

Con un suspiro de alivio, Crown aflojó la presión de sus piernas. Rooker cayó de costado, jadeante, con los pulmones a punto de estallar. Lynn soltó la anilla de la grúa y Crown se encargó de quitarse la correa que le ceñía el pecho.

—Ha llegado usted como la Caballería cuando acudía en socorro de los colonos sitiados por los pieles rojas —dijo de buen humor.

De pronto, reparó en Rooker, que aún estaba un tanto aturdido. Furioso, se arrojó sobre él y, alzándolo en vilo, lo lanzó al cajón de madera lleno de cemento.

—Vámonos —exclamó, mientras Rooker, metido hasta la mitad del cuerpo en la mezcla, perneaba furiosamente.

—Le vi, acompañado por dos tipos que no me gustaron en absoluto —dijo Lynn, momentos más tarde, cuando el coche rodaba ya hacia lugar seguro—. Me extrañó y decidí seguirle.

—Porque me había seguido antes.

—Lo admito —contestó ella sin ambages—. Pero, a fin de cuentas, ha resultado beneficioso para usted, me parece.

—No se lo puedo reprochar, sino todo lo contrario —sonrió Crown—. Ese condenado Rooker ha estado a punto de darme un disgusto.

—Quería saber dónde está Anita Benbury, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Continúa en su casa?

—Allí estaba cuando yo salí hace un par de horas.

—Bien, ahora lo comprobaremos. Yo me quedaré en un lugar discreto y usted me hará señales con las luces de una ventana. Si sigue en su casa, busque en su bolso, en sus ropas, donde sea... Tiene que encontrar la llave de un armario de la Estación Central de Autobuses.

—¿Qué hay allí?

—Si abrimos ese armario, podremos saberlo.

—La llave no es siempre necesaria para abrir un armario, Dally.

—Cierto, pero eso sucede sólo cuando se conoce el número.

—Oh, y usted no lo sabe...

—No. Y no creo que Rooker tampoco lo sepa, de modo que, por el momento, ésta es la ventaja que tenemos sobre él. Pero ahora que recuerdo, ¿cómo consiguió usted llegar al control de la grúa?

Lynn sonrió suavemente.

—Cuando me di cuenta del sitio adónde iba a parar, fui por la puerta trasera y subí hasta el puente sin que se diera cuenta el hombre que iba a manejar la grúa. Un buen golpe en la cabeza fue suficiente para dejarlo fuera de combate. Le quité la pistola... y no

es necesario que siga explicándole el resto.

Lynn conducía el automóvil. Crown apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

—No, no es necesario —convino.

* * *

El coche policial se detuvo frente al imponente edificio donde se albergaban los tribunales y las distintas oficinas de la fiscalía. Una nube de fotógrafos acudió en el acto.

Esposado y con dos policías a los lados, Andy Meed se apeó del vehículo, con una sonrisa insolente en sus delgados labios. Los periodistas intentaron formularle numerosas preguntas. Bradstone, su abogado, dijo que el acusado sólo hablaría en presencia del fiscal y contestaría únicamente a las preguntas que él le autorizase.

Tras grandes dificultades, Meed se halló, al fin, en un amplio despacho. El fiscal, Jack Kengstrom, le dirigió una dura mirada.

—Se le acusa de homicidio en la persona de Rita Solano —dijo—. ¿Qué contesta, Meed?

El asesino sonrió despectivamente.

—¿Qué contesto, abogado?

—Hablará solamente ante el tribunal —dijo Bradstone, un pomposo sujeto de unos cincuenta años, con chaleco blanco y un enorme alfiler de oro y pedrería sobre la corbata de seda italiana, de importación.

—Entonces, no admite haber dispara...

—No admite nada, fiscal —cortó Bradstone rápidamente—. Todo lo que mi cliente tenga que decir, lo hará ante el juez.

—Podríamos llegar a un arreglo —insinuó Kengstrom.

—¿Arreglo? —Bradstone rio desdeñosamente—. ¿Con las pruebas tan inconsistentes que hay en contra de mi cliente? Se le encontró en el lugar del crimen, es cierto, pero ¿lo vio alguien? ¿Presenció alguna persona el asesinato de la señorita Solano?

Meed sonreía satisfecho, mientras hablaba su abogado. El fiscal trató de dominar la ira que sentía.

—Bradstone, usted guarda una carta oculta en la bocamanga. Yo también tengo la mía, no lo olvide; pero si no quiere llegar a un arreglo, en nombre de su cliente, tenga en cuenta que éste irá a pudrirse a San Quintín. ¡Para toda la vida!

—Diga eso cuando haya acabado el juicio —contestó Bradstone—. Andy, no despegues los labios salvo para pedir comida o los periódicos. ¿Está claro?

—Sí, aunque valdría la pena saber qué arreglo propone el fiscal...

—¡Silencio! —gritó el abogado.

—¡Por todos los diablos! —tronó Kengstrom—. Déjelo hablar...

De repente, se oyó el estallido de un cristal. Kengstrom creyó oír el zumbido de una bala junto a su oreja. Un agujerito rojo apareció en la frente de Meed. La mitad posterior de la cabeza voló en un espantoso estallido de sangre, huesos y masa encefálica, parte de la cual salpicó el inmaculado traje de Bradstone.

Meed cayó primero hacia atrás y luego a un lado. Los policías, agachados, pistola en mano, corrían hacia la ventana. Kengstrom, precavido, se agachó.

Bradstone contempló un instante su traje, miró luego hacia Meed, que tenía la cara pegada al suelo, vio los horribles destrozos que el proyectil había causado en su cráneo y, acometido repentinamente por unas náuseas irresistibles, vomitó íntegramente el desayuno que había tomado aún no hacía una hora.

* * *

—El asesino se hallaba apostado en la azotea del edificio Warburton, situado frente al palacio de los tribunales —leyó Crown el diario, mientras Lynn conducía el automóvil—. Se cree que disparó con un fusil de caza, provisto de silenciador y mira telescópica. En efecto, uno de nuestros informadores ha subido a la azotea de dicho edificio, provisto de unos gemelos, y ha podido apreciar que el despacho del fiscal, situado a unos noventa metros aproximadamente, se ve perfectamente...

Crown dobló el diario.

—Una boca cerrada —dijo.

—Y ya no entrarán moscas en ella.

—Porque lo enterrarán —comentó el joven lúgubrementemente—. No hay pistas del asesino de un asesino...

—Cosa perfectamente lógica, Dally.

—Sí, es cierto. Bueno, hablemos de otro tema. Tiene la llave del armario de la Estación de Autobuses.

—La tengo, en efecto.

—Cuénteme, ¿cómo la ha conseguido?

—Oh, Anita dijo que abandonaba la ciudad, pero necesitaba algo de equipaje. Yo me ofrecí para acompañarla a su casa; la llave no estaba entre sus escasas pertenencias, ¿comprende? Bueno, entramos juntas, ella trasteó aquí y allí... y vi que despegaba algo de la cara inferior de una mesa y lo echaba disimuladamente a su bolso. Entonces me fingí un poco mareada y le pregunté si tenía café. Como no estaba hecho, tuvo que ir a la cocina.

—Es usted una mujer de recursos —sonrió Crown—. A mí no se me hubiera ocurrido una cosa así, pero ¿no receló Anita?

—Oh, le dije que estaba embarazada.

Crown saltó en el asiento.

—¿Es verdad? —exclamó.

Lynn se echó a reír.

—Un mareo por ese motivo es fácilmente creíble. Anita se mostraba un tanto recelosa...

Crown cerró los ojos un instante.

—¡Qué cosas se les ocurren a algunas personas! —murmuró, mientras ella lanzaba una alegre carcajada.

Momentos después, el coche se paraba en las inmediaciones de su objetivo. Lynn y Crown se apearon y cruzaron la calle, dirigiéndose inmediatamente al departamento de armarios. La joven sacó la llave, miró el número y pocos instantes más tarde, abrió la portezuela del armario.

Entonces oyeron la voz de Anita:

—No toquen lo que hay ahí adentro o dispararé.

* * *

Lynn soltó un grito de susto. Crown volvió la cabeza y divisó a Anita, con los ojos enllamarados y un impermeable en el brazo derecho. La prenda ocultaba muy bien el revólver de cañón corto que sostenía con mano firme.

Crown se dio cuenta de que Anita estaba dispuesta a todo.

—Apártese, Lynn —aconsejó a media voz—, Había guardado la llave en mi bolso y me di cuenta de que faltaba, cuando ya estaba aquí. Entonces supe que no podía ser otra que la buena y afectuosa amiga que me había dado hospedaje todos estos días, no tan

desinteresadamente como pudiera parecer —explicó Anita cortantemente—. Lynn, usted debió haber mirado en la guantera de mi automóvil; así habría encontrado este revólver.

—No se me ocurrió siquiera —declaró la aludida.

Anita emitió una sonrisa burlona.

—El embarazo, ¿ha sido producido por ese caballero? —preguntó.

Lynn no contestó. Anita alargó la mano y extrajo un cuaderno con tapas de hule negro.

—Esto puede valerme un montón de dinero y no pienso compartirlo con nadie —dijo—. No intenten seguirme, se lo recomiendo.

Anita retrocedió unos cuantos pasos y luego echó a correr, mezclándose con el gentío que pululaba por el amplio vestíbulo de la estación de autobuses. Crown arrancó a correr tras ella.

Cuando llegaba a la salida, un hombre se acercó a Anita y, fríamente, a quemarropa, le disparó dos veces.

La gente se dispersó alborotadamente. Crown buscó refugio tras una gruesa columna. Anita había caído en el acto.

El asesino, tranquilamente, se inclinó sobre ella, arrancó el bolso de sus manos y caminó hacia un automóvil que le aguardaba con el motor en marcha. Crown no intentó fijarse siquiera en la matrícula, que supuso falsa. Concentró su atención en los detalles personales del asesino, cosa que estimaba mucho más interesante.

Regresó junto a Lynn. La muchacha estaba blanca como la nieve.

—Hemos perdido el tiempo —musitó.

—No del todo —contradijo él—. Y, con todos estos jaleos, se le ha pasado su visita a San Quintín. Irá mañana sin falta, ¿me ha entendido?

—Sí —suspiró ella, con la vista fija en el grupo de gente que se había congregado en torno al cadáver de Anita Benbury.

CAPÍTULO VI

EL recién llegado se sorprendió enormemente al ver que había en su despacho un hombre, con un grueso cigarro en la mano izquierda y una copa balón en la derecha. Las rubicundas mejillas de Dean Bradstone se inflaron como pequeñas pelotas, a causa de la cólera que sentía.

—¿Qué hace usted aquí? —bramó—. Salga inmediatamente o llamaré a la policía...

—Por mí, puede hacerlo —contestó Crown tranquilamente—. ¿Tiene ya el estómago en buenas condiciones? Entre usted y Meed, han puesto perdido el despacho del fiscal..., claro que Meed lo ha pasado mucho peor, puesto que ya está en el depósito de cadáveres. Lo suyo, a fin de cuentas, se cura con un par de días de dieta... No estaba usted tan seguro de rebatir la acusación en este caso, ¿verdad?

Los labios de Bradstone se contrajeron.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó.

Crown dejó el cigarro en un cenicero y «se puso en pie, sin soltar la copa.

—Una casa muy lujosa —comentó—. Cuadros de firma, muebles caros, paredes de roble... ¿De qué le sirven a un hombre todos estos lujos cuando yace en una tumba fría?

—¿Me está amenazando? —exclamó el abogado.

—¿Yo? No levantaría un dedo contra usted, por todo el oro del mundo. Otros lo harán, descuide..., otros le dirán con balas lo que estorba, cuando ya no les sea necesario.

—Yo soy un abogado que se limita a defender a sus clientes —

protestó Bradstone enérgicamente—. Jamás he estado fuera de la ley...

—Nadie lo duda. Es lo suficientemente listo para mantenerse siempre dentro de los límites legales. Pero es una lástima que esa inteligencia se utilice para defender a abyectos personajes, que no merecen otra cosa que la horca. Una casa lujosa, buenos trajes, restaurantes caros... ¿Cuánto cree que puede durar todo eso? Un buen día, usted estorbará, El Pez Gordo chasqueará dos dedos y alguien vendrá a decírselo con un par de tiros. Por cierto, ya que hablamos de El Pez Gordo, ¿sabe usted quién es?

La sangre había desaparecido instantáneamente del rostro de Bradstone. Crown supo así que su pregunta había dado en el blanco.

Pero no se hallaba en situación de forzar al abogado a que hablase. Sin embargo, decidió continuar la presión.

—Tengo buenos amigos en la policía —repitió—. Ellos me han contado lo que pasó en el despacho del fiscal. Usted hizo que Meed se situase justo frente a la ventana por la que penetró la bala. Claro, no hay pruebas de que esa acción fuese otra cosa que un mero gesto de cortesía, pero ¿sabe lo que pasará si el rumor se extiende por la ciudad?

Bradstone estaba lívido, sin fuerzas para hablar.

—Tiene usted una casa magnífica —insistió Crown—, aunque sin la debida protección. Ya ve, he entrado aquí sin la menor dificultad.

Se acercó a la ventana que había tras la mesa de despacho y señaló el hueco que daba al jardín.

—Aunque me imagino que los documentos realmente importantes están en la caja fuerte de su despacho profesional —añadió—. Y yo sólo he venido a preguntarle por El Pez Gordo. ¿No quiere decírmelo? Bien, tanto peor para usted.

Crown soltó una risita, ya con una pierna al otro lado del antepecho.

—La verdad, si yo fuese agente de seguros de vida, no le haría a usted una póliza ni siquiera por cinco dólares —concluyó.

Apuró el coñac de la copa y la arrojó sobre la mesa.

El cristal se rompió en mil fragmentos, sin que Bradstone,

convertido en una estatua, hubiese hecho el menor gesto de protesta ni pronunciado siquiera una sola palabra.

* * *

Se sentó en el taburete y puso un billete sobre el mostrador.

—¿No hay clientes? —preguntó.

—Me daba el corazón que vendrías tú —sonrió Minna Peterhow—. En mi casa tengo mejores materiales para preparar el «concentrado».

Crown se estremeció ante la sola mención de aquel infernal brebaje.

—Me conformo con una cerveza —dijo.

—También tengo —sonrió Minna, a la vez que se apeaba.

Fue cerveza y no el «concentrado» lo que bebió Crown. Minna se sentó frente a él, con una deliberada subida de la falda, para poder enseñar los encajes de los pantaloncitos de seda negra, prolongados en los portaligas y en las medias del mismo color.

—Un panorama precioso —elogió el huésped.

—Todavía puedo enseñar más —sonrió ella.

—Luego, ya habrá tiempo. Ahora quiero hablar contigo...

—Hablar —suspiró Minna—. Cuando se puede amar, la charla es una inútil pérdida de tiempo...

—Puede haber tiempo para todo —dijo Crown—. Por ejemplo, para que me digas quién es un tipo de mediana estatura, nariz afilada, algo torcida y boca que parece un corte en una cara muy blanca.

Minna dio un salto.

—¡Jesús! No te metas con ese hombre, si quieres seguir vivo —exclamó, muy asustada.

—Entonces, sabes quién es.

—Me gustaría aplastarle los...; bueno, eso, a taconazos. De vez en cuando, viene a buscarme... y se marcha sin darme un solo centavo —contestó ella, haciendo chirriar sus dientes—. Un tipo verdaderamente asqueroso...

—Y tú tienes que acceder.

—¿Crees que me gustaría ir por ahí con la cara cortada?

—Pero también usa revólver.

—Las armas de fuego hacen ruido.

—Minna, si ese tipo fuese otro, yo te pediría que lo atrajeses a tu casa, pero no quiero crearte problemas. Dime solamente quién es y, si puedes, dónde vive. Me conformo con eso solamente.

—El nombre es Butch Kellin. Tiene un apartamento en la calle White, doscientos diecinueve. El número 2, para ser más exactos.

—Eso significa que has estado allí.

—Un día me llamó y...

—No es necesario que sigas —cortó Crown. Sacó cincuenta dólares y los dejó sobre una mesita—. Gracias por los informes, hermosa.

Ella se puso en pie.

—Quítame la blusa —pidió, a la vez que se volvía de espaldas.

Crown parpadeó, pero bajó el cierre relámpago. Con gran asombro, vio que Minna no llevaba nada más debajo.

—Es una blusa especial —sonrió ella, mientras se volvía de nuevo—. Evita el uso de sujetador...

—Y facilita el acceso —dijo Crown.

—Exactamente. Vamos, tienes el acceso libre —le desafió Minna, a la vez que adelantaba provocativamente el torso desnudo.

Pero Crown se limitó a besarla en una mejilla.

—Ahora no —rechazó la tentadora oferta—, ahora tengo prisa. Te prometo qué otro día vendré... y estaré contigo todo el tiempo que desees.

Minna hizo un gesto de decepción.

—Ten cuidado con Kellin —dijo.

—Sí.

Crown llegó hasta la puerta. De pronto, se volvió:

—Oye, ¿quién es El Pez Gordo? —preguntó.

—He oído hablar de él, pero nadie lo conoce —respondió Minna.

—¿Sabes de alguien que lo conozca?

Ella meneó la cabeza negativamente.

—Es como la muerte: todos la conocen, pero nadie la ha visto —contestó.

—Una respuesta muy bonita —sonrió Crown—. Adiós, hermosa.

—Adiós —dijo Minna melancólicamente.

Crown llamó a la puerta con los nudillos y esperó. Aunque era ya una hora avanzada, había decidido que no le convenía perder demasiado tiempo. Cuanto antes hablase con Kellin, mejor, se dijo.

La puerta se abrió segundos después. Un hombre, en pijama y bata, y con las manos en los bolsillos de ésta, apareció ante sus ojos.

—¿Qué quiere? —preguntó Kellin desabridamente.

—Traigo un mensaje del jefe —respondió Crown con todo desparpajo.

—Hay un teléfono...

—Algunos mensajes no se pueden enviar por teléfono.

Crown estudió al individuo. La mano oculta en el bolsillo derecho de la bata empuñaba una pistola.

Seguramente, la misma que había sido utilizada para asesinar a Anita Benbury, pensó.

—Está bien, pasa —accedió Kellin finalmente. Cerró la puerta y se volvió hacia el visitante—. Tú eres nuevo.

—Sí —admitió Crown.

—Encuentro muy extraño que el jefe envíe a un novato a dar cierta clase de recados. Siempre viene gente conocida.

—Alguna vez tendría que cambiar, digo yo. Por cierto, ya que hablas del jefe, tú le conoces, ¿verdad?

Una chispa de alarma brilló en el acto en las pupilas de Kellin. Antes de que pudiera hacer nada, un puño se estrelló contra su nariz.

Kellin intentó sacar el revólver. Crown golpeó la muñeca con el filo de su mano, moviéndola oblicuamente de arriba abajo. El asesino lanzó un grito de dolor.

Crown le asestó un terrible golpe en el estómago, al ver que había perdido el arma. Cuando lo vio sentado en el suelo, apoyó en su maltratada nariz la suela del zapato y empujó hacia adelante.

Kellin cayó de espaldas. Crown puso ahora el tacón del zapato sobre la ya tumefacta nariz.

—¿Quién es el jefe? —preguntó.

—No lo sé... Yo recibo el mensaje... de un hombre...

—Lo conocerás, sin duda.

—Se llama Joe Thurgold, es todo lo que sé.

—Cuando disparaste contra Anita Benbury a la salida de la estación de autobuses no ibas solo. ¿Quién guiaba el coche?

—Red... Red Carpenter...

—De modo que es Thurgold el que transmite los mensajes del jefe.

—Sí... Aparte ese maldito zapato...

—Aún no hemos acabado —dijo Crown—. Le quitaste el bolso a Anita. ¿Dónde está?

—E... en el dormitorio...

Crown arqueó las cejas.

—¿Cómo diablos no lo has entregado todavía?

—Thurgold tiene que venir a recogerlo, pero no sé cuándo...

Era muy extraño, pensó el joven. Sin embargo, no creía conveniente esperar allí a Thurgold. A fin de cuentas, si conseguía el bolso de Anita, habría logrado lo más importante.

Apartándose un par de pasos del sujeto, movió una mano.

—Levántate.

Kellin se puso en pie, limpiándose las narices con la manga de la bata. Súbitamente, lanzó un rugido de ira y se arrojó contra su visitante.

Crown le arreó una fenomenal patada en la entrepierna. Kellin chilló un instante y luego perdió el conocimiento.

—A Minna le gustaría verte así —murmuró.

Fue al dormitorio. Sí, allí estaba el bolso de Anita.

Al abrirlo, vio la libreta de tapas de hule, que guardó inmediatamente en uno de sus bolsillos. No quiso tocar nada más, no era conveniente.

Volvió a la sala. Kellin continuaba inconsciente.

Levantó el teléfono y marcó un número:

—¿Policía? Acudan inmediatamente al doscientos diecinueve de la calle White, departamento E 2... Allí encontrarán al asesino de Benbury y las pruebas de su crimen...

Sí, pensó Crown segundos más tarde, mientras corría en busca de la salida. El revólver y el bolso serían pruebas más que suficientes para condenar a Kellin.

«¿Otro caso para Bradstone?», se preguntó.

Cuando subía a su coche, vio a un individuo que entraba en la casa. Un oscuro presentimiento asaltó su mente de inmediato.

¿Thurgold?

Pero ya se oía el ulular de una sirena policial. Crown decidió aguardar en el mismo sitio, con las luces del coche apagadas.

Dos agentes de uniformes desembarcaron instantes después del automóvil de patrulla. Otro coche policial llegó un minuto más tarde.

De pronto, se oyó una verdadera tempestad de disparos en el interior de la casa. Un cuerpo humano atravesó violentamente una ventana y se estrelló contra el pavimento. Un policía se asomó a los pocos instantes:

—¡Acababa de asesinar al inquilino! —gritó a los agentes que aguardaban en la calle—. Nos atacó y hemos tenido que disparar contra él...

Los policías se inclinaban hacia el caído. Bien, pensó Crown, si se trataba de una organización criminal, cosa más que probable, no cabía ya la menor duda de que les había asestado un duro golpe.

Permaneció allí largo rato, discretamente agazapado en el asiento. Arrancar en aquellos momentos habría resultado comprometedor. Más tarde, cuando todo empezaba a volver a la normalidad, puso el motor en marcha y se alejó sin demasiadas prisas.

Al llegar a su casa, sacó la libreta y abrió la primera página.

Parpadeó. La hoja estaba en blanco.

Todas las restantes páginas aparecían completamente limpias, como si la agenda acabase de salir de la tienda.

CAPÍTULO VII

—DENTRO de tres días se reúne la Junta de Libertad Condicional —declaró Lynn al día siguiente, por la tarde, después de regresar de visitar a su padre.

—Habrá esperanzas, supongo.

—Sí.

—¿Le dijo lo que le indiqué respecto a Versicht?

—Desde luego, pero no sabe nada de la identidad de los que quieren secuestrarle.

Crown torció el gesto.

—Iré a esperarle a la salida. ¿Sabe si Versicht saldrá con él?

—Creo que sí —contestó la muchacha—. ¿Ha leído los periódicos?

—Por supuesto.

—El asesino de Anita ha sido asesinado a su vez, y el que lo mató, fue muerto por la policía. Dally, ¿qué está pasando aquí?

Crown hizo un gesto afectado.

—Y el que mató a Rita Solano murió en pleno despacho del fiscal. Estamos ante una situación en que El Pez Gordo va y ordena a uno de sus acólitos: «Dile a ése que estorba», y el que ha recibido la orden va y se lo dice al que sea con un par de balas. Ahora bien, en medio de este asunto, sospecho que hay alguna relación con el desfalco del que fue inculcado su padre.

—¿Usted cree?

—Bueno, fue usted quien me dijo que Benbury había tenido que ver mucho con el asunto. Esta clase de cosas no permanecen

demasiado tiempo en secreto, sobre todo, como en el caso de Benbury, quien se mezcló con elementos de vida nada honesta.

—Creo que comprendo, aunque todavía queda más de un enigma...

Súbitamente, Crown hizo chasquear los dedos de la mano derecha.

—Me parece que puedo obtener algunos detalles —dijo.

—¿Cómo? —preguntó la muchacha.

—Cuando Rooker tenía prisionera a Anita, mencionó a una de las chicas que le había pasado informes de su esposo, si es que Benbury era realmente su esposo. Benbury tenía una pequeña «cuadra» de fulanas, que se dedicaban a desvalijar incautos. Una forma como otra cualquiera de ganarse la vida, claro —sonrió el joven.

Lynn hizo un gesto de repugnancia.

—No diga eso —protestó.

—Era sólo un comentario. Bien, ¿se sabe cuál es la fecha exacta de la salida de su padre?

—El lunes próximo se reúne la Junta. Si el informe es satisfactorio, como esperamos, saldría al día siguiente.

—El martes estaremos en San Quintín —prometió Crown.

Se habían reunido en un restaurante, a la hora de la cena. Crown consultó su reloj y dijo que quizá tendría tiempo aún.

—¿Para qué?

—Voy a ver si consigo hacer una visita.

—Le acompañaré...

—Usted estorbaría.

—Va a visitar a una mujer —adivinó ella.

—Si me dicen quién es y dónde vive... y no tiene ya un cliente —respondió Crown, al mismo tiempo que agitaba la mano para llamar al camarero.

—¿Es necesario que haga esa clase de visitas? —preguntó Lynn con visible desdén.

—Si no fuera necesario, no lo haría. Vuélvase a su casa, ciérrese con doble vuelta de llave, siéntese ante el televisor y busque un buen programa de televisión —aconsejó Crown.

Media hora más tarde, estaba de nuevo en Los Tres Lobos.

Minna casi chilló de alegría al verle.

—Esta vez no te dejaré escapar —dijo—. La blusa es distinta, pero el mecanismo es análogo —añadió provocativamente.

—Lo siento, nena, pero sigo con prisas. No obstante, si me aprecias un poco, me ayudarás a saber una cosa que ignoro.

Minna dejó caer las manos con resignación.

—Tendré que aceptar la compañía de un estúpido...

—Duerme sola —recomendó él—. ¿Me ayudarás?

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Las chicas de Benbury. Tú eras una de ellas, ¿verdad?

—No de un modo fijo. A veces, él me llamaba por teléfono y me preguntaba si podía atender a un buen cliente. No siempre le hacía caso.

—Pero conocías a las otras...

—Dally, Benbury era un fanfarrón que hablaba más de la cuenta. Cualquiera que le hubiese oído, habría pensado que tenía una «cuadra» con doscientas «yeguas». La verdad era que sólo podía nombrar cuatro chicas; la propia Anita, yo, Rita Solano...

—¿Y otra, quizá?

—Bessie Dugan. Esta era reciente y creo que sólo trabajó cuatro o cinco veces para Benbury. Es una chica un tanto extraña, poco comunicativa...

—¿Guapa?

—Hombre, qué cosas tienes. En este oficio, si no se tiene un mínimo de atractivo, una va derechita a la ruina. ¿No me encuentras atractiva, cariño? —preguntó mimosa.

—Te encuentro despampanante, pero ahora no puedo entretenerme, palabra. Dime dónde vive Bessie y prometo hacerte un buen regalo.

—El regalo has de ser tú —dijo ella.

Crown sonrió al depositar un billete sobre la barra.

—Cualquier día de éstos iré a tu casa a regalarme a mí mismo —aseguró. De súbito, recordó una cosa—: Minna, ¿has leído la noticia de la muerte de Meed en el despacho del fiscal?

—Por supuesto. Creo que fue algo horrible...

—Horrible, en efecto. Tú eres una chica lista, además de guapa... —satisfecho, Crown vio que Minna se esponjaba como un

pavo real y decidió continuar con la caba—: Y sabes ver, oír y callar, tres virtudes muy importantes hoy día. Pero no quiero que estés callada conmigo.

—Anda, pregunta ya de una vez y no des tantos rodeos —dijo Minna sonriendo, evidentemente halagada.

—¿Quién mató a Meed?

Las facciones de Minna se crisparon un instante.

—Para mí, fue El Cazador —respondió.

—¿Quién es El Cazador?

Ella bajó la voz.

—Un tipo rico y caprichoso, que vive en el seiscientos veintinueve de East Side Road, en una casa muy bonita. Tiene una gran cantidad de rifles y fusiles y muchos trofeos de caza. Una vez me dijo que solía hacer muchas excursiones de caza, para cobrar piezas que le proporcionasen trofeos. Me pareció normal...

—¿Cómo conociste a El Cazador? —preguntó Crown.

—Bueno... —Minna remoloneó un poco—. Es soltero, al menos, eso dice, y un día fui a su casa. Le gusté y volví varias veces. Paga generosamente, no se puede dudar..., pero una de las veces le sorprendí limpiando algo que llamó mucho mi atención. Yo me hice la desentendida, pero aquello que limpiaba era un silenciador. ¿Para qué diablos quiere un silenciador un aficionado a la caza mayor?

—Sí, resulta un tanto extraño —convino el joven.

—Él me dijo que, en ocasiones, debía ausentarse de la ciudad. Yo lo comenté con una buena amiga y ella me dijo que si quería evitarme problemas, rechazase en lo sucesivo las invitaciones de El Cazador. Aunque no quiso darme más explicaciones, la vi muy asustada. Entonces no le di importancia, pero al leer el periódico y enterarme de que el asesino de Meed había usado un fusil de caza, con mira telescópica y silenciador, yo pensé que...

—No sigas —cortó Crown—, me imagino de sobra lo que pensaste. Ahora, por favor, dime el nombre de El Cazador.

—Jerry Macaulay —respondió Minna.

* * *

La casa estaba situada en un barrio residencial y era de aspecto agradable, que indicaba una posición acomodada de su dueño. Era

de una sola planta, con grandes ventanales en una de sus fachadas. Al otro lado, pensó Crown, debía de haber una piscina.

Dos faroles de hierro forjado daban luz a ambos lados de la puerta. Crown tocó el timbre y aguardó.

Una voz brotó del micrófono situado en la entrada:

—¡Pasa, querido; la puerta no está cerrada con llave!

Crown abrió y cruzó el umbral. Después de cerrar, exploró el interior con la mirada. Sí, una vivienda agradable, pero apenas sin toques personales, decorada en serie.

Se oyó un taconeo en el interior de la casa. Luego, una mujer, vestida solamente con una bata negra, muy transparente, y dos trocitos de tela alrededor del pecho opulento y de las caderas, apareció ante los ojos del visitante.

La mujer se detuvo en seco y miró con ojos llameantes al hombre que se había presentado tan inesperadamente.

—Usted no es...

Crown emitió la más brillante de sus sonrisas.

—No, no soy el que espera, si es que aguardaba a alguien —dijo—. Me llamo Dally Crown y, supongo, usted es Bessie Dugan.

—Así me llamo —respondió ella secamente—. Y ahora, puesto que no le he invitado a entrar en mi casa, dé media vuelta y lárguese.

—Dispense, pero venía a traerle recuerdos de un amigo suyo, señorita Dugan.

—¿Un... amigo?

—Sí, aunque, desgraciadamente, ya está muerto. Se llamaba Benbury.

El recelo se hizo más visible en los ojos de Bessie.

—Ya tengo un compromiso —respondió.

—Lástima. —Crown la miró de pies a cabeza—. Es usted tan hermosa... Harry me hablaba tan entusiásticamente de usted..., pero sus palabras resultaban pobres en comparación con la realidad. Claro que no tengo la culpa de que el pobre Harry no le mencionase mi nombre... Era un poco reservado y... Todavía recuerdo el día en que nos vimos por última vez en Oakland. Dijo textualmente: «Si un día quieres conocer a una chica guapa y cariñosa de veras, ve a visitar a Bessie Dugan.» Añadió la dirección

y... Bien, puesto que le resulto desconocido, dispense la molestia...

—¡Aguarde, no se marche tan pronto! —exclamó Bessie impetuosamente—. ¿De veras era amigo de Harry?

—Claro, como la carne y la uña —mintió Crown con todo descaro—. Naturalmente, él tenía aquí sus negocios y yo los tengo en Oakland, pero, a veces, nos hacíamos favores mutuos... El pobre Harry tenía mucha envidia, decía que quería ser como yo, subir tan alto... Bueno, la verdad es que tuve un poco más de suerte y...

—Le serviré una copa —sonrió Bessie—. Quizá nos pongamos luego a hablar del pobre Harry.

Cruzó la sala, haciendo ondular sus caderas, de generosos contornos, cerró la puerta y se acercó a la barra que había en un rincón de la sala.

—¿Qué le apetece, Dally?

Crown se acercó a la joven.

—Muñeca, en estos momentos, sólo me apetecees tú —dijo ardientemente.

Pasó los brazos en torno a la cintura femenina. Bessie echó la cabeza hacia atrás, pero sus labios estaban entreabiertos, invitadores...

* * *

Estaba tendida de costado, apoyada sobre el codo derecho y con un cigarrillo en la mano izquierda.

—Harry tenía un buen amigo —dijo Bessie con una risita.

—Gracias, preciosa —contestó Crown, tendido boca arriba, con la vista fija en el techo—. Lástima que haya muerto; teníamos en perspectiva un buen negocio en sociedad, pero a él le faltaba algo de «pasta».

—¿Mucho? —preguntó Bessie.

—Psé, una tontería. Cincuenta mil, más o menos.

—Oye, cincuenta mil dólares no son una tontería —le dijo Bessie.

—Según del lado en que se mire. Mujer, yo no digo que puedo tirarlos alegremente, pero tampoco es una suma que me deje petrificado. Para el pobre Harry, claro, era una cantidad enorme.

—¿Cuál era el negocio, Dally?

—Un night-club. Claro que todavía era un proyecto y aún tenía

que venir yo a inspeccionar el lugar, el local... Pero, con la muerte de Harry, se ha ido todo al traste. ¿No te mencionó él nada acerca de ese negocio?

—No, no dijo ni pío. Yo sé que tenía otro en perspectiva..., pero no creo que eso te interese...

—¿Por qué no? Anda, habla; quizá me convenga invertir los cincuenta mil en ese asunto.

—No fue muy explícito —dijo Bessie—. Y la verdad es que estuve con él sólo unas cuantas veces...

—Vamos, preciosa; a ti podría caerte una buena comisión —dijo Crown incitadoramente.

—Eran unos documentos... industriales. Los tenía guardados, pero no me dijo dónde. Sólo sé que hay una empresa que daría medio millón por esos papeles. Habló algo de espionaje industrial, ¿sabes?

«Simpático Harry, qué bien sabías ocultar la verdad. Pero ¿de qué te sirvió al cabo?», pensó Crown.

—Nena, yo tengo relaciones —dijo en voz alta—. Muy buenas relaciones —añadió enfáticamente—. Si consiguieras encontrar esos papeles, podríamos repartirnos el producto de la venta. Un cuarto de millón es una cantidad que ya merece la pena, creo.

Bessie se sentó en el lecho y apretó los puños a la vez que cerraba los ojos fuertemente.

—Dijo un nombre... Si consiguiera recordarlo... —los senos se agitaban fuertemente con los movimientos de la respiración—. ¡Ya está! —dijo de repente.

Crown la atrajo hacia sí y la hizo caer sobre su pecho.

—Suéltalo, guapa —murmuró, a la vez que mordisqueaba su oreja.

—Seven Pines —contestó ella.

CAPÍTULO VIII

DE repente, sonó el timbre de la puerta. Bessie dio un salto. Crown se despertó, no menos sobresaltado.

—¿Quién es? —preguntó, todavía adormilado.

—Él... Dijo que vendría, pero ya no le esperaba...

Crown abandonó la cama y empezó a vestirse con toda rapidez.

—¿Viene solo? —preguntó.

Ella estaba ya en pie, poniéndose una bata.

—Sí, siempre viene solo...

—Escucha, nena, sea quien sea, no le digas nada de lo que hemos hablado. ¿Sabe él lo de Seven Pines?

—No, lo he recordado ahora...

«Guapa, pero un poco tonta. Por mis preguntas, Bessie debería deducir que sé quién es el que está llamando a la puerta», pensó Crown divertidamente.

—Bien, entonces, cierra el pico. Soy un amigo de Harry, que viene de Oakland, ¿estamos? Y pase lo que pase, no digas nada de Seven Pines o perderás un cuarto de millón.

—Conforme. Voy a abrir, no puedo demorarlo más, querido.

Con movimientos relampagueantes, Crown metió los pies en los zapatos, sin atarse siquiera los cordones. Al enderezarse, tiró hacia arriba de la cremallera de la bragueta. Ni siquiera se ató el cinturón; agarró la chaqueta y se la puso en el brazo izquierdo. Nunca llevaba armas, pero la chaqueta podía servirle como elemento de defensa, en caso necesario.

Una voz masculina sonó de pronto en el salón, furiosa, colérica;

—¿Por qué diablos has tardado tanto? ¿Es que tenías a otro hombre en la cama?

—Y si fuese verdad, ¿qué? Prometiste venir después de la cena y mira, son más de las doce de la noche —respondió Bessie, no menos enfurecida.

—No me gusta que recibas visitas...

—Y a mí no me gusta que me indiques a quién puedo recibir. Soy una mujer libre, ¿comprendes?

Bessie era más temperamental de lo que parecía, se dijo Crown, vivamente complacido. Cuando asomaba a la puerta, oyó el chasquido de una bofetada.

La bofetada fue devuelta instantáneamente. Rooker, atónito, se tambaleó. Pero, en el mismo instante, vio a Crown, con la chaqueta al brazo.

—¡Usted! —rugió.

—Sí, yo mismo.

—¡Cómo! —exclamó Bessie—. ¿Le conoces, Dally?

—El pobre Harry también lo conocía. Este rufián quería estropearle el negocio. Imagínate por qué lo hizo embalar en un fardo de cemento.

—Fue él —dijo Bessie, horrorizada.

—¡No digas tonterías, estúpida! Este hombre te ha engañado. En la vida ha sido amigo de Harry —gruñó Rooker.

—Bessie, compárame con ese tipo y piensa cuál de los dos ha dicho la verdad —respondió Crown sin perder la calma—. ¿Hubiera venido a tu casa si no fuese amigo del pobre Harry?

Ella pareció vacilar. De pronto, Rooker dio un paso hacia adelante.

—Se merece una buena lección y voy a dársela —masculló.

Bruscamente, arrancó hacia adelante, cargando con la cabeza gacha, como dispuesto a embestir. Bessie contempló la escena llena de terror.

Súbitamente, Crown agarró la chaqueta con ambas manos y ejecutó un pase impecable.

—¡Hala, toro!

En el último instante, dio un paso lateral. Engañado, Rooker no pudo contener su ímpetu de la acometida y su frente chocó contra

la pared. Emitió un mugido, dio un paso hacia atrás y cayó sin sentido.

Tranquilamente, Crown se puso la chaqueta. Inclinandose, agarró al sujeto por la suya y lo arrastró hacia la salida.

—Indícame cuál es su coche, preciosa —pidió.

—Con mucho gusto —accedió Bessie.

Antes de salir, Crown se volvió hacia la joven.

—Voy a darte un consejo. Compra un revólver y, si vuelve este tipo, pégale un tiro, aunque no lo mates. Descuida, no te pasará nada; todo ciudadano tiene derecho a defenderse de los ladrones, ¿comprendes?

Bessie sonrió, a la vez que se empinaba de puntillas para besarle.

—Recuerda que somos socios al cincuenta por ciento —dijo.

—No lo olvidaré, descuida.

Crown buscó el coche de Rooker, al cual arrojó en el asiento delantero. Luego se sentó tras el volante; ya volvería a buscar el suyo.

Doscientos metros más adelante, vio un bar. Paró, se apeó, compró una botella de whisky y derramó parte sobre la pechera del todavía inconsciente Rooker. Un poco más adelante, entró en una zona de suave pendiente, que terminaba a treinta metros en una amplia curva. Al otro lado, había un gran almacén.

Crown sonrió, mientras colocaba a Rooker tras el volante. El golpe, se dijo, sería estruendoso, pero no demasiado dañino para el sujeto.

—Y si se matase, el mundo no perdería nada —murmuró, mientras soltaba el freno de mano.

Diez minutos más tarde, vivamente complacido, observó la llegada de un auto de patrulla, llamado sin duda por algún vecino, a quien el choque habría despertado. Vio también que los agentes examinaban el interior del automóvil, y se imaginó, riendo, lo que un colérico juez diría acerca del funesto vicio de conducir con demasiado alcohol en la sangre.

Todavía reía cuando, a pie, con las manos en los bolsillos, se encaminó en busca de su automóvil.

El hombre que abrió la puerta era alto, delgado, de pómulos salientes y pelo rubio, muy liso, peinado con raya a un lado. El pañuelo de lunares negros en seda roja, estaba cuidadosamente anudado en torno a su cuello. Vestía un batín corto, de terciopelo y, mientras su mano derecha estaba en el bolsillo de la prenda, la izquierda sostenía una sofisticada boquilla de oro y malaquita negra.

—¿Sí? —dijo, mientras contemplaba al hombre que había llamado.

—Soy Garrison, de la revista Facts & Heros —mintió Crown—. Si estoy hablando en persona con el señor Macaulay, permítame decirle que su fama está la suficientemente extendida para que el consejo de redacción de la revista me haya encomendado hacerle un reportaje. Si no tiene inconveniente, por supuesto.

Macaulay examinó al visitante. Grandes gafas, con montura negra, chaqueta a cuadros, muy aparatosa, y corbata de lazo, además de una sonrisa enteramente profesional.

—Pase, por favor, señor Garrison. Con mucho gusto daré todas las informaciones que desean a su revista..., ¿cómo ha dicho que se llama?

—Facts & Heros, señor Macaulay. Una revista para hombres y no lo digo solamente por las chicas que salen en sus páginas a todo color. Pero ya sabe, las revistas modernas tienen que alternar el erotismo con el interés...

—Sí, claro, claro...

La casa era grande, con una escalera que conducía al primer piso. El pasamanos era de madera torneada y las paredes de gruesos paneles de roble. Si era cierto lo que Minna le había dicho, El Cazador debía de cobrar sumas altísimas por sus trabajos.

Durante unos minutos, estuvieron hablando del tema principal. Crown dedujo que Macaulay debía de haber leído gran cantidad de libros sobre caza mayor, si realmente no era un cazador, a fin de desempeñar bien su papel ante cualquiera que le interrogase. Sí, había algunas cabezas disecadas: un tigre, un par de ciervos con su cornamenta y algunos trofeos menores. Poca cosa, en fin, para un hombre que quería aparentar algo que no era.

La biblioteca era confortable y bien decorada. En uno de los paneles, Crown divisó varios rifles y fusiles, así como un par de

pistolas. Había asimismo un cuadro que representaba una escena de caza: varios beduinos persiguiendo a una leona. Hacía infinidad de años, pensó, que ya no había leones en el sur de Argelia.

—Pero los fusiles hacen ruido en el momento del disparo —dijo de pronto, al cabo de unos minutos de conversación.

—Todas las armas de fuego hacen ruido, amigo mío —respondió Macaulay con benigno acento.

—Menos cuando se les aplica un silenciador, claro.

—Es un artefacto que no es necesario para la caza.

—Según qué clase de caza, por supuesto.

—Dígamelo usted —solicitó Macaulay con amplia sonrisa.

Crown paseó la mirada por los alrededores.

—Veo algunos trofeos por las paredes —dijo—. Sin embargo, faltan algunos. Hay cabezas de tigre, de ciervo..., pero faltan unas cuantas cabezas humanas.

—Oh, si se refiere a las cabezas reducidas por los jíbaros del Amazonas...

—Me refiero a cabezas en tamaño natural.

Sobrevino un instante de silencio. El rostro de Macaulay parecía ahora una máscara de puro hielo.

—Tengo la impresión de que sabe más de lo que aparenta. Quizá ni siquiera se llama Garrison ni es redactor de una sedicente revista de variedades —dijo.

—Cazador, si conservase los trofeos de sus víctimas humanas, ¿cuántas cabezas disecadas tendría en su casa? —preguntó Crown.

Súbitamente, Macaulay sacó el revólver que tenía escondido en el bolsillo del batín.

—En mi profesión se exige una puntería infalible —dijo—. Eso, naturalmente, requiere un entrenamiento constante. Usted será hoy mi colaborador en el entrenamiento. ¿Le parece bien?

Crown bajó la vista y contempló el suelo de parqué, brillantemente encerado.

—Sería horrible manchar de sangre la madera —dijo.

—Las manchas de sangre caerán en otro sitio —contestó Macaulay, con una sonrisa que parecía la mueca de satisfacción del diablo.

Diez minutos más tarde, Crown se hallaba atado a un poste, situado en el vasto sótano de la casa, una pieza alargada, que no medía menos de cuarenta metros de longitud. A sus espaldas, había una pila de sacos terreros, formando un muro que llegaba hasta el techo.

A derecha e izquierda tenía varias siluetas, con forma humana, en las que se advertían los numerosos impactos, debidos a los constantes entrenamientos de Macaulay. El dueño de la casa se hallaba en el extremo opuesto, a unos treinta y cinco metros, tras un mostrador en el que había un par de rifles y unos paquetes de cartuchos. Los rifles disponían de mira telescópica y silenciador.

—A decir verdad, mis entrenamientos con fusil los hago casi siempre muy lejos de la ciudad, en algún lugar desierto, donde nadie pueda verme. Este sótano está dedicado principalmente al entrenamiento con armas cortas, pero hoy, en su honor, usaré los rifles —dijo Macaulay, sosteniendo la boquilla con los dientes.

Crown se estremeció. ¿Qué se sentía al recibir en el corazón el impacto de una bala?

—El sótano está absolutamente insonorizado —continuó Macaulay—. Oh, no es por los estampidos de los disparos, que serán ahogados por los silenciadores, sino por sus gritos.

—¿Mis gritos? —se asombró Crown—. Pero si voy a morir en el acto...

—Se equivoca usted, amigo mío —respondió el asesino—. Hace algún tiempo, me encomendaron un trabajo fuera de lo normal. El... objetivo no debe morir al primer disparo, sino que ha de sobrevivir, para curarse y, cuando esté sanado, recibir otro disparo... y así sucesivamente, hasta que ceda en las pretensiones de la persona que me ha contratado, en cuyos motivos, obviamente, no entro ni salgo. Me pagan y basta; y en el presente caso, la recompensa será mucho más elevada de lo ordinario, porque el riesgo, lógicamente, es también mucho mayor. Así pues, experimentaré con usted dónde puedo herirle, sin que la bala afecte zonas vitales. Cuando crea finalizado el entrenamiento, haré el último disparo.

—¿Sabe una cosa, Cazador? Los hombres como usted, ganan mucho dinero, evidentemente, pero, a la larga, acaban mal. Su fama se extiende demasiado y llega un día en que alguien les tiende

una trampa...

—Eso no reza conmigo —cortó Macaulay con displicencia—. Antes de aceptar un contrato, me informo bien sobre el contratante. Es una precaución justificada, como puede comprender.

—Claro, claro... Por cierto, ¿cuánto cobró por Meed?

—Diez de los grandes. Me ofrecían la mitad, pero no acepté. Garanticé el resultado y así fue.

—Porque le ayudó un venal abogado...

—Sí, pero a él le convenía también. Fue sugerencia suya, créame. Si facilitaba mi labor, ¿por qué no aceptar tan valiosa colaboración? Pero ello no consiguió que yo rebajase un solo céntimo de mi tarea.

De pronto, Macaulay dejó la boquilla, con el cigarrillo aún humeante, sobre un cenicero situado encima de la mesa. Luego, con rápido y seguro gesto, movió el cerrojo del fusil y envió una bala a la recámara.

Lentamente, como gozándose del terror de su prisionero, tomó puntería.

—Voy a perforarle la oreja izquierda por el centro —anunció.

Y, en el mismo instante, creyó que el techo del sótano se le caía encima, y se derrumbó sobre la mesa, que volcó al golpe de su cuerpo.

Entonces, Lynn Calloway puso un pie sobre la espalda del inconsciente asesino y se llevó la mano, en forma de boquilla, a los labios.

—¡Tarará! ¡Acaba de llegar el Séptimo de Caballería...! ¡A la carga, mis valientes! —gritó burlonamente.

—Lynn, déjese de tonterías y suélteme antes de que despierte ese cazador de hombres —masculló Crown.

CAPÍTULO IX

—AHORA dirá también que me ha seguido, como en la otra ocasión —exclamó Crown minutos más tarde, cuando ya se hallaban en el exterior de la casa.

—¿Le molesta? —preguntó ella maliciosamente.

—¡Qué cosas tiene! Claro que no me molesta... al menos en este caso. Pero ¿qué habría pasado, de haberse tratado de una mujer?

—Soy una señorita bien educada y no quiero pensar siquiera en ciertas cosas —respondió Lynn con virtuoso acento—. El caso es que le vi entrar en la casa, pero cuando pasó el tiempo y aprecié que seguía en el interior, me alarmé.

—Y bajó al sótano.

—En el cual, quizá ya recobrándose del porrazo, está ese hombre, pero cerrado por fuera, con doble vuelta de llave.

—Y no le hemos dejado siquiera las armas de fuego, para que no rompiese la cerradura a tiros —observó Crown.

Una sirena policial aulló, acercándose. Otra se oyó casi en el acto, como si respondiera a la llamada de la primera.

Luego, todo fue agitación y movimiento. Una nube de policías entró en la casa.

—Parece que se muevan como en las películas antiguas —rio Lynn.

Cinco minutos después, un abatido cazador, era sacado fuera de la casa por dos fornidos agentes. Macaulay tenía las manos esposadas a la espalda. El sargento Wroneski dirigía la operación.

Otros agentes se llevaron las armas que había en la casa.

—Alguno de esos fusiles fue el que sirvió para matar a Meed —

dijo Crown, sin quitar la vista de los policías que iban y venían.

—Pero la bala traspasó su cráneo...

—Y se hundió hacia la base de la pared opuesta. Estará muy deformada, pero, aun así, habrá las suficientes marcas para una comparación positiva.

—Lo que no entiendo es cómo la policía no supo antes que Macaulay era el asesino.

—Tal vez no supieron orientar bien sus investigaciones. En realidad, Macaulay desempeñaba muy bien su papel de cazador.

—Dally, hay algo que admiro infinitamente en usted —declaró Lynn—. Es valeroso...

—No lo crea; cuando Macaulay me tenía atado al poste, estaba muerto de miedo.

—Pero no lo parecía.

—¿De qué iba a servirme demostrarlo externamente? Pero he pasado unos momentos muy desagradables, créame.

—Debería irse un par de días de la ciudad, hasta el martes próximo —aconsejó la muchacha—. Le conviene calmar esos nervios.

Crown encendió un cigarrillo.

—Tengo que hacer un par de visitas —dijo.

—Mujeres, claro.

—Oiga, usted me ha tomado por un sátiro insaciable. ¿Es que acaso piensa que me paso la vida corriendo detrás de algo que lleve faldas? Y no me refiero a un *highlander* escocés, por supuesto.

—Bueno, como siempre anda...

—No sea mal pensada. En esta ocasión, mis contactos con las señoras de buen ver, se han debido a motivos profesionales.

—Lo que había con Anita Benbury no era algo estrictamente profesional —dijo ella con retintín.

—Empezó con una aventura amorosa, lo admito, aunque no llegó a consumarse. Ella, sin embargo, buscaba vaciarme la billetera, por el procedimiento de la súbita aparición de un marido ofendido en su honor. No tengo yo la culpa de que luego las cosas se complicasen y de que Benbury estuviese relacionado con el desfalco de la Warburton & Seven Seas...

Súbitamente, Crown se calló. Lynn le miró extrañada.

—¿Qué le sucede? —inquirió.

En el nombre de aquella empresa había una palabra que le había hecho recordar algo en cierto modo parecido. Un lugar en el que también entraba la palabra Seven.

—Lynn, ¿ha oído hablar alguna vez de un sitio llamado Seven Pines? —preguntó.

—No... Aguarde, me suena muy vagamente...

Crown dio el contacto. Los policías se habían ido ya.

—Trate de recordarlo —dijo, mientras hacía que el coche se despegase de la acera.

—¿Por qué?

—Benbury iba a encontrar su fortuna en ese sitio, es todo lo que sé. Pregunte a sus amistades, pero fíjese bien a quién hace la pregunta. Procure que sea de toda su confianza, ¿entendido?

—Así lo haré, Dally.

Más tarde, Crown regresó a su casa. Cuando entraba, sonó el teléfono.

Levantó el aparato.

—Crown —dijo.

—Le he estado llamando todo el tiempo —dijo una voz gruñona—. Oiga, quiero hablar con usted.

—Si no me equivoco, tengo el alto e inesperado honor de hablar con Laird Rookén.

—Sí, soy Rookén. Escuche, quiero tener una entrevista con usted...

—Nos hemos entrevistado ya en más de una ocasión y siempre hemos acabado mal.

—Podemos acabar muy bien, si le parece.

—Ah, ahora ya no va a cazar la mosca con insecticida, sino con miel —rio Crown.

—Déjese de bromas —rezongó—. Quiero hablar con usted, Crown.

—Ya lo está haciendo —dijo el joven de buen humor.

—En persona —insistió Rookén.

—El que tiene el teléfono en estos momentos soy yo y no un doble.

—¡Déjese de estupideces! —bramó Rookén—. ¿Viene a verme

o...?

—Ah, de modo que me ordena que vaya a su casa. Oiga, ¿piensa que soy uno de esos esbirros que merodean constantemente a su alrededor y que le limpiarían los zapatos con la lengua, si usted se lo ordenase? ¿Es que no se le puede meter en la cabeza la idea de que hay personas que no tienen por qué obedecer sus órdenes?

—Escuche, Crown...

—Escuche usted. Voy a decirle una frase, muy corta, pero lo suficientemente explícita para que la entienda a la primera: ¡Váyase al diablo!

Inmediatamente, Crown hizo una llamada.

—¿Despacho del abogado Bradstone? ¿Es usted su secretaria? Por favor, dígame que se ponga pronto, es muy urgente... —Crown esperó unos segundos y, al oír la voz del abogado, continuó—: Oiga, me llamo Jerry Macaulay y la policía me ha arrestado, acusado del asesinato de Meed... Venga a verme inmediatamente... Está bien, muchas gracias, señor Bradstone.

El teléfono volvió a su sitio. Crown sonrió maquiavélicamente. ¿Qué pasaría cuando Bradstone se presentase en Jefatura? Por lo que había oído, Macaulay no había requerido aún sus servicios. Bradstone se vería metido en un compromiso. No le pasaría nada, por supuesto, pero su fama sufriría un nuevo deterioro.

Silbando alegremente, se encaminó al baño.

* * *

Cuando salió, con una toalla al cuello y vestido solamente con la bata corta, oyó que llamaban a la puerta.

Exploró el corredor por la mirilla. Rooker estaba al otro lado, acompañado de dos de sus esbirros.

Volvió al centro de la sala, escribió algo en un papel y lo echó por debajo de la puerta. Luego pudo ver, siempre a través de la mirilla, que Rooker, tras leer la nota, hacía una seña a sus secuaces.

Crown fue a la ventana. Cuando vio a los dos hampones que, tras abandonar el edificio, entraban de nuevo en el coche, regresó a la puerta y la abrió.

Sonrió ampliamente. Rooker tenía un par de tiras de esparadrapo, en la frente y pómulo izquierdo, y la mano derecha

aparecía vendada.

—No me diga, ha tenido un accidente de automóvil —exclamó.

—He pagado una multa de quinientos dólares y me han retirado el permiso de conducción durante tres meses. Pero no estaba ebrio —gruñó el visitante.

—Una verdadera lástima —comentó el joven—. Pero si quiere que vaya al juez y declare que fui yo...

—Déjelo —cortó Rooker bruscamente—. Oiga, le pagaré dos mil dólares y un billete para Miami, si me deja en paz durante una temporada.

Crown se quedó con la boca abierta. ¿Sólo para una tontería semejante le había visitado aquel rufián?, se preguntó.

—¿Qué, le parece poco? —gruñó Rooker, en vista de que seguía guardando silencio.

—Hombre, dos mil dólares no está mal... Y en Miami se puede pasar estupendamente...

—Con todos los gastos pagados en el Blueview. El dueño es amigo mío y le considerará como su huésped más distinguido. Una buena orquesta, mujeres hermosas, bebidas frescas... y una lancha motora a su disposición en cualquier momento. ¿Qué le parece?

Aquella propuesta, pensó Crown, era algo muy sospechoso. La suma era ridícula y ni siquiera el señuelo del hotel de lujo era suficiente para acabar de dorar la píldora.

—Bueno, piénselo sin prisas —dijo Rooker con acento benévolo—. Y ya me dará la contestación... Oiga, ¿no me ofrece nada de beber? Hasta al peor enemigo se le invita a un trago, en según qué ocasiones. Me conformaría con café...

—Está bien, iré a la cocina.

Crown abandonó la sala y abrió el grifo del agua. Pero en lugar de poner la cafetera al fuego, volvió de puntillas hasta la puerta.

Rooker estaba inclinado, colocando algo bajo la mesita en que se hallaba el teléfono. ¿Una bomba?, pensó.

Al cabo de unos minutos, volvió, con una bandeja en las manos.

—Gracias, pero ya no tengo ganas —dijo Rooker—. Medite en mi propósito y llámeme pronto. En todo caso, el lunes, durante todo el día. El martes sería ya demasiado tarde. Adiós.

Rooker se marchó. ¿Le había dejado una bomba de tiempo?, se

preguntó el joven.

Cerró la puerta con doble vuelta de llave y corrió a la mesita del teléfono. Un segundo después, se incorporaba, con la sonrisa en los labios.

No era una bomba, sino un pequeño transmisor de radio, por medio del cual podía Rooker espiar todas sus conversaciones tanto las telefónicas como las que tuviesen lugar en la estancia personalmente con algún visitante.

—Es la primera vez que un pescador va a picar en su propio anzuelo —dijo a media voz.

* * *

Crown avisó inmediatamente a Lynn, al efecto de que la muchacha no le llamase por teléfono, salvo que el asunto fuese de mucha urgencia. Entonces, utilizaría una contraseña: tres timbrazos, colgar, esperar sesenta segundos y llamar de nuevo.

—Han de ser sesenta segundos exactamente, ni uno menos —insistió.

—Pero... ¿qué es lo que pasa? —preguntó la muchacha, sumamente intrigada.

—Ya se lo contaré otro rato —dijo Crown, quien hablaba desde una cabina telefónica—. ¿Ha recordado algo sobre Seven Pines?

—No, pero sigo preguntando...

—Tenga cuidado. Adiós.

Crown colgó el teléfono de nuevo y sacó varias monedas que introdujo en la ranura correspondiente. Luego puso un pañuelo ante el micrófono y marcó un número.

—Bradstone —dijo una voz, a los pocos segundos.

—¡Animal! ¡Imbécil! ¡Hijo de puta! —le espetó Crown sin más preámbulos—. ¿Le han dicho alguna vez que es el tipo más idiota que se pasea por la ciudad?

—Pero, Laird, no entiendo a qué viene eso.

Crown sonrió para sí. Bradstone había picado y creía que era Rooker el autor de los improperios.

—¿Fue usted a defender a Macaulay?

—Sí, me llamó alguien en su nombre... Luego resultó que no era cierto. No sé quién pudo...

—Por eso digo que es el campeón de la imbecilidad. Usted no

tenía que haber comparecido por Jefatura sin que yo se lo ordenase, ¿me ha entendido? Si vuelve a mover un solo dedo, sin que yo se lo permita, le prepararé un cajón lleno de cemento... ¡y lo meteré vivo dentro!

Crown colgó el teléfono. Divertido, se imaginó a Bradstone sudando profusamente. Claro que, el abogado podría ponerse luego en contacto con Rooken, quien negaría ser el autor de la llamada, pero también cabía que callase, dado que había llegado a darse cuenta de que había cometido un error al acudir a defender a Macaulay. Era preciso poner nerviosos a aquella cuadrilla de desaprensivos, se dijo, mientras salía de la cabina y se encaminaba hacia su coche, estacionado a poca distancia.

Media hora más tarde, entraba en Los Tres Lobos, Minna le vio y sus ojos chispearon de alegría.

—Ahora no voy a dejarte escapar —dijo la joven.

—Todo depende de tus respuestas —sonrió el—, ¿Conoces a un tal Red Carpenter?

Minna se puso seria.

—Está detrás de mí, hablando con esa jamaicana —murmuró.

Crown lanzó una mirada hacia el individuo, de aspecto vulgar. Carpenter podría pasar por un empleado de oficina. Pero era el hombre que había conducido el coche en el que había huido el asesino de Anita Benbury.

—Tengo que hablar con él —dijo.

—Ven luego a verme —pidió Minna.

Crown se acercó al mostrador y pidió una copa. Minna le contemplaba intrigada desde el otro extremo, sin comprender su actitud. De pronto, vio que el joven se inclinaba un poco y parecía ponerse la cara entre las manos. Un segundo después, lo vio erguirse y se quedó atónita.

Crown se había puesto el parche en el ojo izquierdo y su apariencia cambiaba radicalmente.

Crown miró hacia la joven y le hizo un alegre guiño con el ojo destapado. Luego, muy despacio, se acercó a la mesa en donde Carpenter estaba sentado con la mujer de color.

—Red, quiero hablarte —murmuró.

Carpenter alzó la vista y contempló especulativamente a su

interlocutor.

—No le conozco —dijo.

—Soy un buen amigo —mintió el joven—. Será cosa solamente de cinco minutos, tal vez menos.

—Está bien. Aguarda aquí un poco, nena —dijo Carpenter a la jamaicana.

Abandonó la mesa y se situó frente a Crown.

—¿Y bien? —dijo, desafiador.

—Tienes que largarte de la ciudad. El jefe quiere taparte la boca.

Carpenter palideció instantáneamente.

—No..., no le he traicionado...

El falso tuerto se encogió de hombros.

—Eso no me preocupa —contestó—. Adiós.

Crown se dirigió hacia la salida. Su coche estaba a poca distancia y dejó en el maletero la cazadora de cuero que llevaba puesta, cambiándola por una chaqueta normal. Luego se dispuso a esperar en el lugar adecuado.

Un par de minutos más tarde, Carpenter salió de la taberna y se sentó tras el volante de su coche. Entonces, sintió en el cuello el contacto de una cosa fría y dura.

—Sigue recto y no te desvíes —dijo Crown amenazadoramente—. No hagas gestos raros, no llames la atención... o te destrozaré las vértebras de un tiro.

Carpenter estaba completamente desmoralizado.

—Pero yo... No sé qué quiere el jefe... Le he sido siempre fiel...

—Ha pensado que le estorbas y me encargó que te lo dijera con una bala.

—No, por el amor de Dios... No dispaes, muchacho; tengo algún dinero ahorrado... Te daré todo...

—Puede que me lo piense dos veces. —Crown se incorporó un poco, pasó la mano derecha por delante y quitó a Carpenter el revólver que llevaba en una funda sobaquera. Luego le puso en los labios la barrita de caramelo que había simulado el cañón de un arma—. Anda, endúlzate la boca —dijo riendo desaforadamente.

Carpenter mordió con fuerza el caramelo, al darse cuenta del engaño de que había sido objeto. Pero un segundo después, volvió

a sentir de nuevo un contacto frío en la piel del, cuello.

—Esto sí es tu revólver —dijo Crown ominosamente.

CAPÍTULO X

TENDIDO lánguidamente en el diván, Crown tenía la cabeza apoyada en el cálido regazo de Minna.

—Si un día me caso, será contigo —aseguró la joven.

—No tengo intenciones de casarme —respondió él—. Y no te enfades...

—No me enfado. Al fin, te he tenido y con eso me conformo.

—Eres muy modesta, Minna.

—Realista, que no es lo mismo. De nada sirven los sueños, cuando no hay base en qué apoyarlos —suspiró largamente.

—Y, además, filósofa. Minna, supongo que no te importará tenerme en tu casa hasta el lunes.

—¡Encantada! —rio ella—. ¿Por qué lo dices?

—He hablado con Carpenter. Ha sido una conversación muy instructiva. Sabía mucho más de lo que me hubiera atrevido a pensar.

—¿Y, qué es lo que sabía?

—Minna, no hagas preguntas indiscretas...

—Soy de confianza, Dally.

—Lo sé, pero ¿qué pasaría si Rooker te echase el guante? Créeme, te haría hablar como un orador en vísperas de elecciones. Mejor que no sepas nada, ¿comprendes?

Ella exhaló un profundo suspiro.

—Sí, comprendo. Al menos, sin embargo, puedes decirme qué ha sido de Carpenter.

—Ha aceptado mis sensatos consejos y ha abandonado la ciudad

por una temporada. Después de soltar la lengua, naturalmente.

De pronto, se puso en pie. Minna le miró extrañada.

—¿Adónde vas? —inquirió.

Crown levantó el teléfono y marcó un número. La respuesta tardó algunos segundos, debido a lo avanzado de la hora.

—¿Quién es?

—Lynn, soy Dally.

—Hombre, a estas horas...

—Quiero pedirle un favor. Hasta el lunes no iré por mi casa. Llámeme a eso de las diez e invíteme a un paseo por el campo. ¿Ha comprendido?

—Usted quiere que oigan esa invitación...

—Sí, justamente.

—Está bien, de acuerdo. ¿Puede darme el otro número de teléfono por si lo necesitase?

—Claro.

Crown levantó el aparato por la horquilla, recitó las cifras y luego se dispuso a dejarlo sobre la mesa. Entonces recordó algo.

—Lynn, ¿qué sabe de Seven Pines? —preguntó.

—Nada todavía, Dally.

—Gracias.

Crown volvió a su postura anterior. Minna le puso un cigarrillo encendido en los labios.

—Dally, he oído hace unos momentos que mencionabas un lugar llamado Seven Pines —dijo.

—Es cierto. Parece un pueblo, ¿no?

—No es un pueblo.

Crown volvió la cabeza y miró hacia arriba.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un motel.

—Y sabes dónde está.

—Sí.

Crown abandonó tan satisfactoria postura y se puso nuevamente en pie.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó ella.

—Al Seven Pines, naturalmente.

—Aguarda, hombre. Yo voy a ir contigo...

—Pero, mujer...

Minna le guiñó un ojo.

—La cosa parecerá mejor, si llega una pareja —dijo.

—Hombre, bien mirado, creo que tienes razón —sonrió él.

—Aguarda un instante, voy a preparar un maletín con lo más indispensable. Es un sitio muy bonito, ¿sabes? A trescientos metros de la playa y con piscina propia. Aunque sea ya la madrugada del domingo, podemos pasar un día estupendo. Sol, mar y aire libre... Tengo un bañador que te dejará bizco, créeme. O tuerto, acaso.

Crown se echó a reír.

—El parche es un truco —dijo.

—Estás muy atractivo —confesó ella.

—Por eso —respondió el joven maliciosamente.

Dos horas después, el conserje del motel inscribía a una pareja. Crown dijo que le gustaría tener la cabaña usada por un buen amigo suyo, que le había recomendado el motel muy calurosamente.

—Se llamaba Benbury —dijo.

—Ah, sí, señor; la cabaña número catorce —respondió el conserje, a quien un par de billetes habían vuelto más cortés de lo ordinario.

Se levantaron tarde. Después del desayuno, fueron a la piscina. Minna llamó la atención de todo el mundo con su espectacular traje de baño. Al cabo de un rato, Crown volvió a su alojamiento con un vulgar pretexto.

Empezó a buscar. Media hora más tarde, separó un panel de aislamiento y encontró una libreta, como la que ya tenía, pero ésta llena de anotaciones.

Sonrió, mientras guardaba la libreta. Al volver a la piscina, vio a Minna en animada conversación con un hombre alto, hercúleo y de excelente presencia.

Una discreta investigación, le hizo saber que el individuo era un tal Chad Warren, tejano, propietario de un par de docenas de pozos de petróleo. Minna parecía encantada con el sujeto. Warren, por su parte, se la comía con los ojos.

Crown decidió ayudarla. El aspecto de Minna era muy distinto

del que ofrecía cuando buscaba clientes en Los Tres Lobos. Se acercó a la pareja, empezó a protestar de mala manera, insultó al petrolero y acabó tendido en el suelo, con la mandíbula tumefacta.

—Ese individuo no le conviene, señorita —dijo Warren.

—Pero... —Minna se sentía desconcertada—. Si somos tan... tan...

Crown se puso en pie.

—Me voy y ahí te quedas —dijo.

Minna echó a correr tras él. Cuando se emparejó con el joven, Crown, en voz baja, dijo:

—Aprovecha la ocasión. Warren tiene «pasta» larga y tú le gustas. Dile que yo soy un tipo de muy mal genio y celoso y... Bueno, puede ser la ocasión de tu vida, ¿comprendes?

Ella le miró con ojos húmedos, porque comprendía las intenciones de su acompañante.

—Gracias, Dally —musitó.

—Yo me iré enseguida, aparentemente muy furioso. Cuando te reúnas con Warren, dale a entender que es lo mejor que podía haberte sucedido y que ya estabas harta de mí.

En la cabaña, una vez vestido, Crown le entregó un puñado de billetes y las llaves del coche.

—Yo alquilaré uno —sonrió—. Aprovecha la ocasión: la fortuna sólo pasa una vez por nuestro lado.

Ella le besó cálidamente.

—Nunca te olvidaré —dijo.

—Dedícate a Warren por entero —aconsejó él.

Cuando abandonó la cabaña, vio que Warren se acercaba con cierta timidez. Ocultando su satisfacción bajo una máscara de enojo, fue a recepción, al objeto de pedir que le enviasen un coche de alquiler.

A fin de cuentas, ya había conseguido lo que deseaba: la libreta con los datos que Benbury, pacientemente, había ido recogiendo a lo largo de años enteros.

* * *

El coche se detuvo ante la casa y su ocupante se apeó del vehículo, portador de una cartera de mano. Tranquilamente, Dean Bradstone se encaminó hacia la entrada. Abrió con la llave, cerró y

cruzó el espacioso vestíbulo en dirección al despacho.

Una doncella uniformada asomó entonces. Bradstone se volvió.

—Dígale a la señora que estaré ocupado durante algunos minutos —indicó.

—Bien, señor.

Bradstone abrió la puerta del despacho y cerró con llave. Avanzó hacia la mesa, dejó en ella el portafolios y entonces, el sillón de alto respaldo que había al otro lado giró en redondo.

El abogado respingó.

—Usted aquí... otra vez... —barbotó.

Crown sonrió placenteramente.

—Ya le dije que esta casa era fácil de asaltar —contestó.

—Voy a llamar a la policía. Estoy harto de usted...

—Llame a la policía, de acuerdo. —Crown, súbitamente sacó el revólver que había pertenecido a Carpenter—. Entonces, yo diré que examinen el portafolios que acaba de traer. Nada más que eso, señor Bradstone.

El rostro del abogado se tornó del color de la ceniza. Sus piernas flaquearon y se vio obligado a ocupar el sillón destinado a los visitantes.

—¿Qué..., qué es lo que quiere? —preguntó.

—Sé de dónde viene y me imagino, por tanto, que ha ido a hablar con El Pez Gordo. Apostaría diez a uno a que en ese portafolios están las instrucciones para el secuestro de Calloway, ¿no es cierto?

En la cara de Bradstone se veían solamente las venillas rojas de los pómulos. El resto aparecía lívido.

—Voy a proponerle un trato, señor Bradstone —continuó el joven—. Haga exactamente lo que le ha ordenado El Pez Gordo. Luego, tome el coche y váyase una temporada lejos de la ciudad, con su esposa. Diga que se siente cansado..., lo que quiera, pero váyase.

Sobrevino un momento de silencio.

—Me tiene cogido por el cuello —se lamentó Bradstone al cabo.

—Ojalá fuese cierto, porque entonces podría usar una soga, que es lo único que se merece —respondió Crown duramente—. Pero prefiero dejarle marchar y hacer que las cosas sigan su curso. Son

otros los que me interesan más y no usted.

Crown se puso en pie, cogió el teléfono y se lo puso en la mano a su interlocutor.

—Haga la llamada —ordenó.

Bradstone, abrumado, obedeció. Al cabo de unos minutos, dejó el teléfono nuevamente sobre la horquilla.

Crown tenía abierto el portafolio, en el que, aparte de numerosos documentos oficiales, había una libreta de notas. Bradstone tuvo que resignarse al despojo.

—Si El Pez Gordo se entera de que el fracaso se debe a una imprudencia de su correo, entonces, amigo Bradstone, su vida no valdrá dos centavos —dijo Crown—. Yo me marchó ahora —añadió—. Usted puede engañarme, quedarse aquí y dar contraorden para que no se realice el secuestro... lo que quiera, pero entonces, El Pez Gordo sabrá que usted me ha indicado su verdadera identidad. Y tiene un amigo muy aficionado a preparar féretros de cemento, ¿comprende?

Bradstone estaba derrotado, apreció el joven. Sin añadir una sola palabra más, abandonó el despacho.

Cuando llegaba a la puerta de la casa, oyó la voz del abogado:

—¡Mary, prepara las maletas! ¡Nos vamos de viaje!

Crown ocultó una sonrisa. Llegó a su coche, lo puso en marcha y regresó tranquilamente a su departamento.

* * *

El teléfono sonó tres veces. Crown dejó pasar sesenta segundos y el timbre se oyó de nuevo. Entonces levantó el auricular.

—¡Dally! ¿Dónde se ha metido todo este tiempo? —gritó Lynn—. Me he pasado las horas llamándole...

—Me fui a pasar el fin de semana, fuera de la ciudad —contestó él desenvueltamente—. Necesitaba un poco de descanso, eso es todo.

—¿Sabe algo de nuevo?

—No, nada. Pero si quiere, la invito a almorzar.

—Está bien, acepto. ¿Dónde?

—En Maturin, a las doce en punto.

—De acuerdo.

A las doce menos cuarto, sonó de nuevo el teléfono.

—Crown —dijo el joven.

—Hola —dijo alguien—. Soy Peter.

—Hombre, Peter, ya tenía ganas de oír tu voz... ¿Has preparado el asunto?

—Sí. Ya sabes, media vuelta a la llave de contacto y el coche saltará por los aires.

—Estupendo. Así me libraré de moscones importunos. Gracias, Peter.

—Ya sabes, para eso estamos los amigos.

Crown volvió el teléfono a la horquilla. Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Un coche arrancaba en aquel momento a toda velocidad. Era fácil imaginarse el pánico de su conductor. El espía, que había debido de captar la conversación telefónica, corría en busca de su jefe, para advertirle de una bomba en el coche, conectada al arranque eléctrico. Naturalmente, no era cierto, pero Rooker tendría mucho en qué pensar.

Crown se dijo que tendría que darle una buena propina al barman de la cafetería de enfrente de su casa. Salió tranquilamente, subió al coche y se encaminó al encuentro de Lynn Calloway.

La muchacha apareció, radiante de belleza, fresca como una rosa. El vestido, blanco, con vivos rojos, tenía la falda un tanto corta, lo que permitía admirar unas piernas largas, perfectamente diseñadas.

—Voy a convertirme en secuestrador —dijo él.

—¿A quién va a raptar? —preguntó Lynn, asombrada.

—A usted.

Ella le miró oblicuamente.

—No me venga con palabritas melosas, especie de sultán —contestó—. Tengo la seguridad de que no ha pasado solo el fin de semana.

—Lo admito, pero sólo por amor al trabajo.

—Ya —contestó Lynn cáusticamente—. Amor al trabajo...

—He pasado el fin de semana, es decir, la mitad, en el Seven Pines Motel.

Lynn abrió los ojos.

—Lo encontré —dijo.

—Encontré todo lo que buscaba.

—Increíble.

—Y sé quién es El Pez Gordo.

—Me parece mentira...

—Y conozco el plan para secuestrar a su padre.

Lynn agarró la copa que tenía al lado y tomó un sorbo.

—Aguarde —dijo—. Tengo que digerir todas estas noticias...

Crown sonrió maliciosamente.

—Ya le dije que me fui a pasar el fin de semana, para trabajar, aunque usted crea lo contrario —le recordó.

—Bueno, pero ¿es que no puede contarme...?

—Se lo contaré todo, pero ha de tener en cuenta una cosa: necesito su colaboración.

—Haré lo que me pida —prometió la muchacha sinceramente.

Media hora más tarde, salían del restaurante. Un coche se detenía en aquel momento. Rooker se apeó con cara de pocos amigos.

—¿Le ha costado mucho la revisión del motor? —preguntó Crown amablemente.

El rostro de Rooker se tornó del color de la púrpura.

—Laird, en su lugar, yo ordenaría una segunda revisión del coche —sugirió el joven sin perder la sonrisa—. ¿Se le ha ocurrido pensar en otra bomba, conectada a un reloj, y programada para estallar dentro de cinco minutos?

Rooker dio un salto de pánico. Crown empujó a la muchacha hacia su automóvil.

—Oiga, no será cierto eso de la bomba... —dijo Lynn, amedrentada.

—No, claro, pero él se lo ha creído —contestó el joven—. ¿Ha visto la cara que puso?

—Dally, esta clase de juegos son muy peligrosos —advirtió ella.

—Sobre todo, para los que tienen la costumbre de decir las cosas con balas —dijo Crown tranquilamente.

CAPÍTULO XI

EL rumor de los coches que circulaban por la autopista llegaba muy atenuado hasta el camino oculto entre la vegetación, en el que aguardaban dos hombres, junto a un automóvil. De cuando en cuando, consultaban el reloj y cambiaban algunas frases banales.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que alguien se acercaba al camino, reptando entre los arbustos. Durante unos segundos, Crown espió los movimientos de la pareja. En la mano derecha tenía una botella de vidrio, llena de un líquido turbio.

Confió en que aquel antiguo condiscípulo hubiese preparado adecuadamente la mezcla. Si el plan no daba resultado, Lynn podía verse en un serio aprieto.

También él consultó su reloj. Era ya la hora.

Esperó todavía unos segundos. De pronto, los dos hombres se volvieron hacia la autopista.

Entonces, Crown se puso de rodillas y tomó impulso para su brazo derecho. El cóctel Molotov voló por los aires. La botella reventó fragorosamente contra la parte trasera del automóvil. Una enorme llamarada surgió en el acto.

Los dos sujetos se volvieron de inmediato. Vieron las llamas y, al darse cuenta de que el fuego se extendía por la parte posterior del coche, salieron disparados hacia la autopista.

Crown lanzó una alegre carcajada, mientras, con no menos prudencia, escapaba del auto, convertido en una antorcha. A los pocos momentos, oyó una explosión.

Las llamas habían alcanzado el tanque de combustible. Una espesa columna negra subió a lo alto. Ahora, los dos sujetos que

aguardaban para secuestrar al padre de Lynn, tendrían como principal preocupación escapar de allí, a fin de evitar que se los relacionase con un incendio del que, realmente, no tenían la menor culpa.

Minutos más tarde, se oyó la sirena de un coche de bomberos. Pero Dally Crown estaba ya en el suyo, rodando apaciblemente en dirección a San Quintín.

* * *

El vigilante de la verja exterior examinó la documentación de los dos presos recién liberados. Vio todos los papeles en orden y movió la cabeza afirmativamente. Otro vigilante tocó una tecla y la verja empezó a deslizarse a un lado.

Lynn corrió presurosamente al encuentro de los hombres.

—¡Papá! —gritó incontinentemente.

Calloway y la muchacha se abrazaron con todas sus fuerzas. Había lágrimas en los ojos de padre e hija. Crown, en el estacionamiento, presenciaba la escena con absoluta discreción.

A los pocos momentos, volvió la serenidad. Lynn se limpió las lágrimas.

—Esto me parece un sueño —sonrió.

Calloway hizo un gesto con la cabeza.

—No se sabe apreciar lo que es la libertad, hasta que se ha perdido —exclamó—. Ocho años de mi vida pasados en ese infierno...

Suspiró largamente.

—Será mejor que nos marchemos, hija —añadió—. Ah, perdona, no te había presentado. Este es Hal Versicht, un buen amigo. Hal, mi hija Lynn.

Versicht alargó su mano.

—Su padre me ha hablado mucho de usted, señorita —sonrió—. Ahora deberá hacer todo lo posible porque olvide lo mucho que ha sufrido.

—Sí, lo intentaré. Papá, tengo el coche listo —dijo Lynn—. Tu amigo puede venir con nosotros, si así lo desea.

—Será un placer, señorita —aceptó El Cuervo.

Momentos después, embarcaban los tres en el automóvil de la muchacha. A treinta pasos de distancia, Crown accionó el contacto

eléctrico del suyo.

Un cuarto de hora más tarde, Calloway se dio cuenta de que no seguían el camino correcto.

—He alquilado una cabaña, para que estés más tranquilo los primeros días —explicó Lynn—. Supongo que al señor Versicht no le importará viajar con nosotros; luego le llevaré yo misma a San Francisco.

—Será un placer —dijo el aludido.

Media hora más tarde, el coche se detenía ante una cabaña de aspecto más bien vulgar, situada en un lugar solitario, en medio del bosque. Calloway, desconcertado, se apeó.

—¿Aquí es donde he de pasar unos días? —preguntó.

Un hombre salió por la esquina del lado opuesto.

—Aquí es donde pensaban retenerle sus secuestradores, señor Calloway —dijo Crown.

* * *

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Calloway se volvió hacia la muchacha.

—Hija, ¿quieres explicarme de una vez qué significa este embrollo? —pidió con aspereza.

—El señor Crown te lo explicará, papá —respondió Lynn.

—Sí, enseguida —dijo el joven—. Hal, ¿cómo te encuentras?

—Bien —respondió Versicht—. Contento de verme fuera de la cárcel, pero sin comprenderte en absoluto. ¿Por qué diablos quieres meterme en un lío de secuestro? ¿Es que tratas de hacerme volver a San Quintín para el resto de mis días?

—No, hombre, no —contestó Crown jovialmente—. Sin embargo, sería mejor que entremos en la cabaña. Podremos hablar mejor en torno a una buena cafetera. El fuego ya está encendido y Lynn se ocupará de preparar el café, ¿no es cierto?

—Desde luego —accedió ella.

Los dos hombres siguieron a Crown. Una vez en el interior de la cabaña, Calloway se enfrentó con el joven:

—¿Quién es usted, amigo mío? ¿Por qué habla de un secuestro?

—Usted se lo anunció a su hija y ella me lo contó todo. ¿No lo recuerda?

—Sí, perfectamente, pero habría sido inútil. No me llevé un solo

centavo del dinero e ignoro por completo qué fue de los seiscientos mil dólares que perdió la Warburton & Seven Seas.

—Eso es completamente creíble, señor Calloway —convino Crown—. Hal, ¿un cigarrillo? —ofreció.

—Gracias. Dally, he dicho antes que no quiero líos...

—No tengas prisa, hombre; terminaré muy pronto. Señor Calloway, a usted lo acusaron de haber desfalcado seiscientos mil dólares, mediante asientos falsos en los libros de contabilidad.

—Así fue, pero yo no lo hice —protestó el aludido.

—El dinero que salía de los Bancos mediante cheques amañados, fue acumulándose en alguna parte. Todos piensan que los seiscientos mil dólares, completamente intactos, están escondidos en un lugar secreto. Ya lo creo que es secreto: uno de los lugares más secretos y seguros del planeta. Un Banco suizo.

—¡Qué! —gritó Versicht—. ¿Es cierto eso que dices, Dally?

—Rigurosamente cierto. Aunque, en un principio, el dinero estuvo en el país, no tardó mucho en volar hacia Suiza. A partir de entonces, la Warburton & Seven Seas empezó a ir de mal en peor hasta que un día tuvo que cerrar sus puertas. Pero el autor del desfalco estaba ya en Suiza, disponiendo de ese dinero y de sumas aún mayores, que había ido retirando con anterioridad.

—¿Quién fue? —gritó Calloway, terriblemente excitado.

—El hijo del difunto Warburton, fundador de la firma.

—No es posible...

—Se lo garantizo —dijo Crown—. Henry Warburton, hijo, fue el que se llevó todo el dinero. Lo tengo escrito en una libreta de notas, muy valiosa, en la que un cómplice de Warburton escribió ciertos detalles muy interesantes. Pero el estafador lo hizo a la perfección y me temo que va a ser muy difícil que se le pueda echar el guante. —meneó la cabeza—. El cómplice, Benbury, ni siquiera pudo someter a Warburton a un chantaje. Recibió unas migajas, como premio de su colaboración en el desfalco, y cuando quiso darse cuenta, se había quedado aquí, con dos palmos de narices. Desgraciadamente, está muerto y no se puede contar con él para una posible acusación.

—La acusación no me serviría ya de nada —se quejó Calloway—. ¿Quién me va a devolver los ocho años que he pasado en la

cárcel? —exclamó, rebosante de amargura.

Lynn vino a la mesa con una bandeja en las manos.

—Papá, es preciso que hagas un esfuerzo para olvidar —aconsejó—. Tienes cincuenta años mal cumplidos y aún te queda mucha vida por delante.

—Así es —sonrió Crown—. De modo, señor Calloway, que el que ideó el plan del secuestro, para obligarle a que dijese dónde había escondido los seiscientos mil dólares, ha perdido el tiempo lastimosamente..., a menos que quiera volar a Suiza y secuestrar a Warburton júnior.

Crown tomó afectadamente su taza de café. Versicht vació la suya y luego anunció que iba al lavabo.

—No comprendo mucho las cosas —declaró Calloway—. ¿Cómo ha llegado usted a enterarse de todo este asunto?

—Su hija vino a buscarme, contándome lo que sucedía, y el caso se enredó con la muerte de Benbury. El asunto de los seiscientos mil dólares no ocupaba únicamente la atención de Benbury ni de los que dispusieron la muerte.

—Pero ¿quién lo hizo? —preguntó Calloway.

—Un tipo apodado El Pez Gordo, a quien nadie conoce, excepto...

Versicht salía en aquel momento del lavabo.

—¿Lo conoces tú, Hal? —preguntó Crown.

En el mismo instante, Lynn supo la verdad.

—Sí, lo conozco —respondió Versicht roncamente.

CAPÍTULO XII

—**E**S él —murmuró Lynn—. Versicht es El Pez Gordo...

—¿Cómo lo has sabido, Dally? —preguntó Versicht.

—Tú tenías un correo, el abogado Bradstone. Eres de la clase de tipos a los que les gusta tirar de los hilos, sin que nadie sepa lo que eres en realidad. Vives modestamente, finges ser un soplón y un raterillo de mala muerte..., pero luego dispones a tu antojo de un montón de gente, que obedecen tus órdenes con absoluta docilidad. El dinero que puedas conseguir con tus extorsiones, te causa menos placer que ver cómo se mueven las personas, al menor de tus deseos. Y lo ves desde el exterior, no desde un lujoso despacho, adonde tus secuaces deben acudir a informarte. Oh, no, eso no causa el menor placer; cuando alguien debe morir, tú das la orden y procuras estar en las inmediaciones, para ver cómo disparan tus pistoleros y regodearte con los últimos instantes de vida de tus víctimas... o con la cara de terror que ponen comerciantes explotados por tus matones... Eso no se puede ver desde un despacho, ¿verdad? Era algo que quedaba para Rooker, quien daba la cara por ti y, seguramente, con Bradstone, el único que conocía tu verdadera identidad.

—¿Cómo lo has deducido, Dally? —quiso saber Versicht.

—Hay muy poca deducción en mis argumentos, no soy un Sherlock Holmes. Pero sí poseo mucha información. La gente, a la larga, tiene tendencia a soltar la lengua. Todo consiste en saber hacer hablar a las personas adecuadas y en el momento oportuno. Hal, te dejaste atrapar por aquel robo de poca monta, porque sabías que la condena no iba a ser muy dura, pero podrías entablar

amistad con Calloway. En un año, creías poder sacarle dónde había dejado los seiscientos mil, pero Calloway no podía decirte lo que ignoraba. Tú pensaste que era terquedad y empezaste a «ablandarle» con los informes sobre un posible secuestro. Quizá fue ése tu error, porque entonces, la señorita Calloway vino a buscarme y yo empecé a investigar... y aquí estamos.

—Pero ésta es la cabaña donde mis amigos debían traer a Calloway —dijo Versicht.

—Tus amigos estaban aguardando en el lugar que indicaste a Bradstone, pero alguien les incendió el coche y tuvieron que salir por pies. Lynn, previamente advertida y conocedora de la ruta, vino a este lugar, tal como lo habías deseado.

—¿Te lo dijo Bradstone?

—Era tu correo. Traía informes y tú le dabas órdenes... y él tomó notas para el plan del secuestro. Esas notas pasaron a mi poder.

Versicht frunció el ceño.

—¿Cómo te las entregó? —quiso saber.

—Estaba ya desmoralizado. Yo tenía un revólver. De haber avisado a la policía, como pretendía, se hubiera descubierto el plan de secuestro antes de tiempo. Prefirió abandonar la ciudad para una temporada, dejándome su agenda de notas, claro.

—Siempre me gustaste por listo, Dally —manifestó Versicht—. Pero ¿crees que lo eres más que yo?

—Nunca me creo ser más que nadie. Cada cual en su esfera, Hal, aunque, en ocasiones, se hacen planes y no salen bien. Pero eso son las cosas de la vida. Lo importante es no dejarse abatir y tener la fuerza suficiente para levantarse después de la caída.

—No me vengas con filosofías —rezongó Versicht—. De modo que le quitaste a Bradstone las instrucciones para el secuestro.

—Así es. Y no intentes buscarle, porque Bradstone, repentinamente acometido de una gran fatiga psicosomática, ha partido en busca de lugares donde recobrar el necesario equilibrio para su mente y su cuerpo.

—Se ha largado.

—Sí, Hal.

Versicht hizo un gesto con la cabeza.

—Lástima, Dally —dijo—. En cierto modo, te apreciaba muchísimo. Aunque, en tu honor, debo decir que vi muy pronto que tú no eras de la misma clase que Bradstone. Por eso no te insinué jamás entrar a formar parte de mi organización.

—Gracias, Hal —contestó Crown con toda cortesía.

Repentinamente, Versicht metió la mano en la chaqueta y sacó un revólver de cañón corto.

Lynn gritó de susto y se abrazó a su padre. Calloway rodeó con el brazo la cintura de la chica.

—Hal, no te molestes en apretar el gatillo —recomendó Crown sin perder la calma—. Antes que tú, yo estuve en la cabaña y la registré a conciencia. Me imaginé que alguien habría dejado un revólver para ti y le quité las balas.

* * *

Versicht se quedó con la boca abierta. Furioso, apretó el gatillo una y otra vez, pero sólo se oyeron los «clics» metálicos del percutor al golpear en el vacío.

Crown sonrió. Alargó la mano.

—Dame ese revólver, Pez Gordo —pidió.

Bruscamente, sonó un estampido. Versicht se puso de puntillas un instante, giró sobre sí mismo y se desplomó de bruces, con el cráneo atravesado por un proyectil.

—¡Quietos! —gritó alguien.

Un pie abrió la puerta violentamente. Rooker, pistola en mano, entró en la cabaña.

—Crown, creo que ahora vamos a ajustar cuentas por fin —dijo.

Por encima de los hombros del recién llegado, Crown vio dos sujetos, igualmente armados.

—Ajustar las cuentas, ¿en qué sentido, Laird? —preguntó tranquilamente.

—Debiera haberlo hecho en un principio —dijo Rooker con acento lleno de rencor—. Así me hubiera evitado muchos problemas...

—Indudablemente. Y más de una vida se habría salvado, aunque eso a usted no es cosa que le preocupe. No derramará una lágrima por los dos Benbury, ni por Kellin, ni Thurgold ni ninguno de los que le servían fielmente. Sobre todo, cuando ahora ve que

puede tomar el nombre de Pez Gordo, ¿verdad?

—El nombre me importa menos que estar sujeto a sus caprichos. Ahora, en cambio, muchos estarán sujetos a los míos.

—¿Sí? ¿Cómo?

Rooker alargó la mano izquierda.

—Tiene una libreta en su poder —dijo—. Entréguemela.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Crown.

—En esa libreta hay un montón de notas... que son una mina de dinero. Créame, yo sabía que Benbury trabajaba en el asunto casi desde que empezó, pero le dejé que siguiese adelante.

—Claro, él sudaría, para que un día usted recogiese los frutos de su denodado esfuerzo, ¿no es así?

Rooker sonrió torcidamente.

—Llámelo como guste, pero el hecho es ya irreversible —contestó.

Crown llevó la mano al interior de la chaqueta. Rooker estiró el brazo.

—¡Cuidado, no me juegue una mala pasada! —advirtió.

—Sólo quiero sacar la libreta —dijo el joven sonriendo—. Mírela, aquí está, pero antes, dígame una cosa, por favor.

—¿Sí?

—Anita me telefoneó diciéndome que su marido estaba muerto. Ella no podía llamarme, teniendo delante al hombre que había «apiolado» a Benbury.

—Estaba en el cuarto de baño. El que disparó, salió de la casa para buscar ayuda y llevarse el «fiambre». En ese intervalo, ella pudo avisarle. Estaba desnuda, pero mis hombres se portaron cortésmente con ella y la permitieron vestirse cuando volvieron unos minutos después.

«Entonces —pensó Crown—, Anita había dejado el aviso, bajo el tocador.»

—Vamos, la libreta —pidió Rooker.

Crown se la entregó sin pestañear.

—Llévesela —dijo—. Pero tenga en cuenta, que ya han sido fotocopias todas sus páginas y que el resultado está en poder del fiscal Kengstrom. Hablé ayer con él, ¿sabe?

Rooker se quedó con la boca abierta.

—No..., no es posible...

—Sí es posible. Precisamente la idea de que me llevase la libreta partió del propio fiscal. Quiere que se quede usted con la libreta. Entonces, hará chantaje a alguien... que ya estará previamente advertido. Imagínese lo que le pasará, Laird.

Rooker tenía la boca abierta estúpidamente.

—Entonces..., no me sirve para nada...

—Para nada.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Crown recordó algo.

—Laird, es raro que no haya mencionado usted los seiscientos mil dólares de la Warburton.

—Eran fantasías de ese estúpido —contestó Rooker de mal talante, señalando al muerto.

—Menos mal que en este asunto, al menos, fue sensato. Pero en otros aspectos, ha metido la pata.

—No creo que se atreva a declarar contra mí, Crown —gruñó Rooker—. Puede que haya perdido este negocio, pero la organización de Versicht será mía a partir de ahora y...

—¿Seguro, Laird? —sonrió el joven.

Bruscamente, uno de los gorilas lanzó un alarido:

—¡La policía!

Los dos pistoleros echaron a correr, tratando de perderse en el bosque. Rooker abandonó la cabaña y saltó a su coche, justo en el momento en que se detenían dos más, los cuales empezaron a vomitar hombres de inmediato.

Hubo un breve crepitar de disparos. Luego, la portezuela izquierda del coche de Rooker se abrió y su dueño cayó de lado al suelo, con las piernas todavía en el interior del vehículo.

El sargento Wroneski se acercó a Crown.

—Nos hemos retrasado un poco —me parece.

—No se ha perdido gran cosa. —Crown señaló con el pulgar hacia el interior de la cabaña—. Ahí dentro está El Pez Gordo —indicó.

Lynn y su padre habían salido fuera. Wroneski penetró en la cabaña, permaneció en ella unos minutos y volvió a salir.

—Nunca me hubiera supuesto que Versicht... —murmuró.

—Los Calloway lo han oído todo. Ellos te lo confirmarán.

—Sí. —Wroneski bajó la voz—. Tienes al fiscal que se derrite por ti, Dally.

Crown echó el torso hacia atrás.

—¡Sargento!

—Lo digo en sentido figurado, hombre. He hablado con él y... Bueno, saber que iba a ser el próximo en figurar en esa lista, le ha causado una profunda perturbación. Él nunca hubiera sospechado que Rita Solano fuese capaz de fotografiarle los documentos.

—Kengstrom puede ser duro en algunos aspectos, pero es un incauto en otros. ¿A quién se le ocurre ir a casa de una profesional con la cartera llena de documentos oficiales?

—Era la única ocasión en que podía, Dally, compréndelo.

—De todas formas, Rita lo hubiera hecho obligada por Benbury y no por propia voluntad. Me alegro de que el que ordenó liquidarla, haya pagado ya.

Crown dirigió una mirada hacia los Calloway.

—¿Puedo llevármelos, sargento?

—Claro —accedió Wroneski.

* * *

Sonó el zumbador. Una secretaria consultó si Crown podía atender una llamada de una antigua conocida. Crown pidió que le pasaran la comunicación.

Era Minna.

—¡Dally! Soy la mujer más feliz del mundo. Acabo de casarme con Chad, aquel joven de la piscina del Seven Pines... Está enamoradoísimo de mí y ahora mismo nos vamos de viaje de novios. Luego residiremos en Texas...

—Me alegro infinito, Minna. Ojalá esa felicidad dure todos los días de tu vida.

—Yo también lo deseo así, Dally. —Minna lanzó una risita—. ¿Sabes?, a Chad le encantan mis blusas especiales...

Crown dejó el teléfono lentamente. ¿Estaba mejor en su nuevo empleo o era más agradable aquella vida un tanto irregular, sin horario fijo... y sirviendo en ocasiones de blanco a un tirador?

La voz de la secretaria, a través del interfono, distrajo sus pensamientos.

—Señor Crown, la señorita Calloway desea visitarle.

—Oh, sí, dígale que pase inmediatamente.

Crown no había olvidado a la muchacha, aunque ya habían transcurrido algunas semanas desde los últimos acontecimientos. No obstante, sabía que Lynn estaba empeñada en conseguir la rehabilitación de su padre.

Lynn entró en el lujoso despacho y sonrió hechiceramente.

—Un lugar muy agradable —comentó—. Claro que es el que corresponde al asesor jurídico de una importante empresa.

—El empleo es bueno y era hora ya de que dejase de corretear por ahí. ¿Cómo está tu padre?

—Bien, en la casita de Sausalito, cuidando los rosales, con mamá.

—Lynn, tú no me hablaste nunca de la señora Calloway —se sorprendió el joven.

—Quería mantenerla fuera de este asunto.

—Sí, es comprensible. Bien, ¿puedo servirte en algo, Lynn?

—He venido a pedirte un empleo, Dally.

Crown miró a la muchacha de pies a cabeza. Ella vestía un trajecito de hilo blanco, con falda mesuradamente corta, zapatos de medio tacón y un sombrero que parecía de colegiala. Estaba realmente encantadora.

—Tenías uno, creo.

—Lo he dejado.

—¿Disgustos con el patrón?

—No, Dally.

Lynn le miró de frente. Crown sonrió.

Consultó su reloj.

—Pronto será la hora del almuerzo —dijo—. ¿Te importaría que discutiésemos el empleo mientras almorzamos juntos?

—Me encantaría —respondió ella.

Crown abandonó su escritorio y se reunió con la muchacha.

Tomó su brazo y salieron juntos del despacho. Crown tenía la seguridad de que Lynn aceptaría el empleo que iba a proponerle y que les permitiría vivir juntos el resto de sus días.

¡NO, NO, NO! ¿POR QUÉ TODOS LOS HOMBRES BUSCÁIS LO MISMO
EN MÍ?



¡LORENA!

SÓLO TENÍA UNA ALTERNATIVA: ¡HUNDIRSE EN EL VICIO!
UN SERIAL QUE ENTERNECERÁ A TODAS LAS MUJERES, ESCRITO POR SU
AUTORA PREDILECTA:

Corín Tellado

CÓMPRELO TODAS LAS SEMANAS, POR SÓLO 35 PESETAS, CON GRAN CANTIDAD
DE FOTOGRAFÍAS DE LOS MOMENTOS MÁS DRAMÁTICOS!
Y ESCÚCHELO, DE LUNES A VIERNES, POR LAS 65 EMISORAS DE LAS
CADENAS REM - CAR Y CES. ¡A LA HORA DEL SERIAL!
UNA EXCLUSIVA DE:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.